

## METAFORA Y SEMANTICA DEL DISCURSO

A Cyrus Hamlin.

En nuestros dos primeros estudios hemos considerado la *palabra* como el fundamento del cambio de sentido que define ese tropo, que la retórica antigua y clásica han llamado invariablemente metáfora. Hemos podido así, en una primera aproximación, definir la metáfora como la transposición de un nombre extraño a otra cosa que, por este hecho, no recibe denominación propia. Pero la investigación aplicada a estudiar el sentido que engendra la transposición del nombre ha iluminado poderosamente el marco en que se mueve la palabra, y *a fortiori* el nombre, y ha impuesto la adopción del *enunciado* como el único medio contextual en que «acontece» la transposición de sentido. El presente estudio está dedicado al examen directo de la función del enunciado, en cuanto portador de un «sentido completo y acabado» (en expresión del propio Fontanier), en la creación del sentido metafórico. Por eso, de ahora en adelante, hablaremos de *enunciado metafórico*.

¿Quiere decir esto que la definición de metáfora como transposición del nombre es falsa? Yo diría más bien que es sólo nominal y no real, en el sentido que da Leibniz a estas dos expresiones. La definición nominal permite identificar una cosa; la real nos muestra cómo se engendra. Las definiciones de Aristóteles y de Fontanier son nominales, en cuanto permiten identificar la metáfora entre los demás tropos; al limitarse a identificarla, se limitan también a clasificarla. En este sentido, la taxonomía propia de la tropología no supera el plano de la definición nominal. Pero, en cuanto la retórica investiga las causas generadoras, ya no estudia sólo la palabra, sino el discurso. Una teoría del enunciado metafórico será, pues, una teoría de la producción del sentido metafórico.

De ello resulta que la definición nominal no puede ser abolida por la definición real. Podrá parecer, sin embargo, que el presente estudio confirma esta alternativa; opondrá constantemente una teoría discursiva de la metáfora a otra que la reduce a un accidente de la denominación. Muchos autores van más lejos en este sentido y sostienen que una teoría de la *interacción*,

partidaria de una concepción discursiva de la metáfora, excluye una teoría de la *sustitución* que, como hemos visto, es inseparable de la definición de la metáfora como modalidad de desviación denominativa.

Anticipándonos a un análisis que se hará en el *Estudio V*, digamos ya desde ahora que la definición real de metáfora en términos de enunciado no puede eliminar la nominal en términos de palabra o de nombre, porque la palabra sigue siendo el portador del efecto de sentido metafórico; la palabra es la que toma un sentido metafórico; por eso la definición de Aristóteles no es abolida por una teoría que no atañe al lugar de la metáfora en el discurso sino al mismo proceso metafórico; con términos de Max Black, que explicaremos más adelante, diremos que la palabra sigue siendo el «foco», aun cuando necesita el «marco» de la frase. Y si la palabra sigue siendo el soporte del efecto de sentido metafórico, es porque, en el discurso, la función de la palabra es encarnar la identidad semántica. Pero precisamente la metáfora afecta a esa identidad. Y nada es más difícil de apreciar que la función de la palabra, que de entrada parece dividida entre una semiótica de las entidades lexicales y una semántica de la frase. Por lo tanto, es necesario aplazar para el final de la reflexión sobre la función de la palabra como mediadora entre la semiótica y la semántica, cualquier intento de coordinar una teoría de la sustitución y una teoría de la interacción válidas en diferentes planos.

Adoptaremos, pues, en este estudio una concepción provisionalmente disyuntiva de las relaciones entre semiótica y semántica. Comenzaremos exponiendo esta concepción. Le añadiremos después la teoría de la interacción, llamada a reemplazar una teoría de la metáfora meramente sustitutiva. De este modo sacaremos todas las consecuencias de la oposición entre la definición nominal y la definición genética de la metáfora.

### 1. *El debate entre semántica y semiótica*

La hipótesis de trabajo subyacente a la noción de enunciado metafórico consiste en que la semántica del discurso es irreducible a la semiótica de las entidades lexicales. Remitimos al *Estudio V* la discusión del caso de palabra.

Dentro de las teorías de la metáfora que se relacionan más o menos con el *linguistic analysis* de la tradición inglesa, la teo-

ría del discurso no ha sido obra de lingüistas sino de lógicos y epistemólogos, más preocupados de ordinario por la crítica literaria que por la lingüística de los lingüistas. La ventaja de abordar directamente el fenómeno del discurso que omite el estadio lingüístico estriba en que los rasgos propios del discurso se reconocen por sí mismos, sin necesidad de oponerlos a otra entidad. Pero el avance conseguido en las ciencias humanas por la lingüística no permite ya tratar por preterición la relación del discurso con la lengua. Todo el que quiera situar su investigación en el horizonte de hoy, tendrá que elegir el método indirecto de la oposición entre unidad de discurso y unidad de lengua. La semántica filosófica de los anglosajones consigue resultados directamente y con una fina elegancia; una semántica guiada por la lingüística debe alcanzarlos más laboriosamente por el método indirecto de una confrontación con la lingüística de la lengua. Este es el camino que vamos a seguir aquí, guiándonos por la distinción entre lo semántico y lo semiótico, según la línea de Benveniste<sup>1</sup>, completada con los resultados del *linguistic analysis* anglosajón.

En Benveniste, la elección del término discurso es ya significativa; la lingüística, en la medida en que es ante todo lingüística de la lengua, tiende a hacer del lenguaje hablado un simple residuo de sus análisis. Benveniste escoge el término *discurso* con preferencia al de *lenguaje hablado* para acentuar la consistencia de su objeto. Por la consideración de los diferentes niveles que muestra la arquitectura del lenguaje, el gran sanscritólogo francés introduce la distinción entre las unidades respectivas de la lengua y del discurso: por una parte, los signos; por otra, la frase. La misma noción de nivel no es exterior al análisis; se incorpora a él como operador (*Problèmes de linguistique générale*, 122); con ello se quiere decir que una unidad lingüística cualquiera sólo se acepta como tal si se puede identificar dentro de una unidad de grado superior: el fonema en la palabra, la palabra en la frase. La palabra se sitúa así en una «posición funcional intermedia debida a su doble naturaleza. Por una parte, se descompone en unidades fonemáticas de nivel inferior; por otra, entra, como unidad significativa y en compañía de otras unidades significantes, en una unidad de nivel superior» (123). Volveremos sobre esta declaración en el *Estudio V*.

<sup>1</sup> Emile Benveniste, *Problèmes de linguistique générale* (París 1966; trad. española: *Problemas de lingüística general*, México 1971).

Y ¿qué es esta unidad de nivel superior? La respuesta es categórica: «Esta unidad no es una palabra más larga o más compleja: depende de otro orden de nociones, es una frase. La frase se realiza en palabras, pero éstas no son simplemente sus segmentos. Una frase constituye un todo, que no se reduce a la suma de sus partes; el sentido inherente a ese todo se halla repartido en el conjunto de sus constitutivos» (*ibid.*). Por tanto, la frase no sólo no deriva de la palabra, entendida como lexema, es decir, aislada, tal como aparece en el código lexical, sino que la palabra es, en cuanto implica sentido, un elemento constitutivo de la frase. En resumen, un «elemento sintagmático» o «constitutivo de enunciados empíricos» (124). La progresión no es, pues, lineal, de una unidad a otra; propiedades nuevas aparecen constantemente, derivadas de la relación específica entre unidades de rango diferente; mientras las unidades del mismo rango tienen entre sí relaciones distribucionales, los elementos de nivel diferente las tienen integrativas.

La distinción de estos dos tipos de relación regula la de forma y sentido: el análisis distribucional aísla segmentos formales, los «constitutivos», dentro del mismo nivel; la disociación en unidades de rango inferior da los «integrantes», que tienen una relación de sentido con las unidades de nivel superior. «Aquí está todo: la disociación nos revela la constitución formal; la integración, las unidades significantes...; la *forma* de una unidad lingüística se define como la capacidad de disociarse en elementos constitutivos de nivel inferior; el *sentido* de una unidad lingüística se define como su capacidad de integrar una unidad de nivel superior» (127).

Apliquemos estas distinciones al paso del lexema al discurso; hemos dicho que «con la frase se franquea un límite; entramos en un nuevo dominio» (128). En el primer puesto de los caracteres propios de este nivel, Benveniste coloca el de «ser un predicado» (*ibid.*). Para él, éste es «el carácter distintivo inherente a la frase» (*ibid.*); incluso la presencia de un sujeto gramatical es facultativa; un solo signo basta para constituir un predicado.

Pero esta unidad ya no se define por oposición a otras unidades, como ocurría con los fonemas y los lexemas (y por eso se podía extender el principio del análisis fonemático al lexemático); no hay varias clases de predicación; no se pueden oponer entre sí categoremas (*categorema = predicatum*) o frasemas, como se hace con los lexemas y los fonemas: «Es necesario reconocer, pues, que el nivel categoremático comprende solamente

una forma específica de enunciado lingüístico, la proposición; ésta no constituye una clase de unidades distintivas» (129). De esto se deduce que no hay una unidad de orden superior a la proposición, con relación a la cual la frase constituiría una clase de unidades distintivas; podemos encadenar proposiciones en una relación de consecución, pero no integrarlas. De esto se deduce igualmente que la proposición consta de signos, pero ella no es un signo. En fin, de lo dicho se desprende que, a diferencia de los fonemas y de los morfemas que tienen una distribución en su nivel respectivo y se pueden emplear en un nivel superior, «las frases no tienen ni distribución ni uso» (*ibid.*). Benveniste concluye: «La frase es la unidad del discurso» (130); y añade: «La frase, creación indefinida, variedad sin límite, es la vida misma del lenguaje en acción» (*ibid.*).

Las implicaciones metodológicas son numerosas. Dos lingüísticas diferentes hacen referencia al signo y a la frase, a la lengua y al discurso. Estas dos lingüísticas proceden en sentido inverso y cruzan sus caminos. El lingüista de la lengua parte de unidades diferenciales y ve en la frase el nivel último. Pero su método presupone el análisis inverso, más próximo a la conciencia del que habla: parte de la diversidad infinita de mensajes y luego descende a las unidades que, en número limitado, emplea y encuentra: los signos. Este es el camino que emplea la lingüística del discurso; y ésta su convicción inicial: «La lengua se forma y se configura en el discurso, actualizado en frases. Ahí comienza el lenguaje. Podríamos expresarlo adaptando una fórmula clásica: *nihil est in lingua quod non prius fuerit in oratione*» (131).

Algunos años más tarde, Benveniste aplica a estas dos lingüísticas los términos de «semiótica» y de «semántica»<sup>2</sup>; el signo es la unidad semiótica; la frase, la semántica; estas unidades son de orden diferente; semiótica y semántica se aplican así a campos distintos y con una acepción restrictiva. Afirmar con Saussure que la lengua es un sistema de signos caracteriza al lenguaje sólo en uno de sus aspectos y no en su realidad total.

Las consecuencias son importantes para la extensión de una distinción tan conocida como la del significante y del significado; este análisis del signo sólo reina en el orden semiótico, no en el semántico. En semiología —dice Benveniste— no hay que de-

<sup>2</sup> Emile Benveniste, *La forme et le sens dans le langage* (Actas del XIII Congreso de las Sociedades de filosofía de lengua francesa; *Le Langage* [Ginebra 1967]).

finir el significado del signo. Para que un signo exista, es necesario y suficiente que sea recibido (¿existe «sombrero»? Sí. ¿«Sombreto»? No); la pregunta por el significado no pide más que una respuesta: sí o no; ¿esto significa o no? Aunque el significado no precisa definición intrínseca, se define extrínsecamente por otros signos que lo delimitan en el interior de la lengua: «Cada signo tiene de propio lo que le distingue de los demás. Ser distintivo y ser significativo, es la misma cosa» (*La Forme et le Sens dans le langage*, 35). Así circunscrito, el orden del signo deja fuera al orden del discurso.

La fecundidad de esta distinción entre orden semiótico y orden semántico se reconoce en su capacidad para engendrar otras muchas distinciones, algunas hechas por el mismo Benveniste y otras percibidas sin orden sistemático por el *linguistic analysis* anglosajón, cuya independencia de la lingüística ya hemos señalado anteriormente. Esta unión entre la semántica filosófica y la semántica lingüística es muy importante.

Por mi parte, como síntesis de estas descripciones y limitándome a indicar de pasada sus respectivos orígenes, muchas veces inconexos, me animo a presentar una enumeración de los rasgos distintivos del discurso. Resulta fácil reducirlos a binas ideológicas, lo cual da al discurso un marcado carácter dialéctico; y al mismo tiempo subraya hasta qué punto el discurso requiere una metodología distinta de la que se aplica a las operaciones de segmentación y de distribución en una concepción meramente taxonómica del lenguaje.

*Primera bina: todo discurso se produce como acontecimiento, pero sólo se comprende como sentido.* Para señalar el carácter de acontecimiento del discurso, Émile Benveniste crea la expresión «instancia de discurso»<sup>3</sup>; con ella designa «los actos concretos y siempre únicos por los que la lengua se actualiza en palabras por un locutor» (251). Este rasgo opone decididamente el discurso a la lengua; un sistema lingüístico, precisamente por ser sincrónico, sólo tiene, en la sucesividad del tiempo, una existencia virtual; la lengua sólo existe en realidad cuando un locutor se apropia de ella y la realiza en su palabra. El acontecimiento de discurso es transitorio y fugaz, pero puede ser identificado y reconocido como «el mismo». Con la identificación de la unidad de discurso se introduce la significación, en su sentido más amplio. De todo individuo, como explica P. F. Strawson en *Les*

<sup>3</sup> *Problèmes de linguistique générale*, 251-257.

*Individus*<sup>4</sup>, se puede decir con verdad que su posible identificación permite también su reconocimiento. Tal es, pues, la instancia de discurso: un acontecimiento eminentemente repetible. Por eso, se ha podido confundir este rasgo con un elemento de la lengua. Pero no es así; es lo repetible de un acontecimiento, no de un elemento de sistema.

Podemos relacionar con esta primera bina las distinciones introducidas por Paul Grice, en su teoría de la significación<sup>5</sup>, entre la significación del enunciado, la significación de la enunciación y la significación del enunciador. Pertenece a la misma esencia del discurso, el dar lugar a estas distinciones. Encontramos su fundamento en el análisis de Benveniste cuando habla de la instancia de discurso, como acabamos de ver, y de la intención de discurso, que es algo muy distinto del significado de un signo aislado; el significado es solamente, como muy bien dice Ferdinand de Saussure, la contrapartida del significante, una simple diferencia en el sistema de la lengua; la intención es «lo que el locutor quiere decir» (36). El significado es de orden semiótico, la intención de orden semántico; en esta línea van los análisis de P. Grice.

*Segunda bina: función identificadora y función predicativa.* La historia de esta polaridad típica empieza en la Antigüedad. El *Cratilo*, el *Teeteto* y el *Sofista* de Platón la consideran como el *logos*, y la caracterizan como el «punto de enlace» (*symploké*) entre el nombre y el verbo<sup>6</sup>; por medio de este *logos* articulado, Platón salía del punto muerto en que le había colocado el problema de la «exactitud» de las palabras. A nivel de palabra, en efecto, no hay solución: se puede emplear sucesivamente la palabra «convencional» o «natural»; pero sólo los enlaces del discurso «hacen referencia a algo»<sup>7</sup>. La verdad y el error pertenecen sólo al discurso. El fracaso del *Cratilo*, que es el fracaso de una teoría de la denominación y que motiva la creación de una teoría de la predicación, encuentra su eco en el fracaso de una

<sup>4</sup> P. F. Strawson, *Individuals. An Essay in Descriptive Metaphysics* (Londres 1959).

<sup>5</sup> Paul Grice, *Meaning*: «Philosophical Review» (1957); *Utterer's Meaning, Sentence-Meaning and Word-Meaning*: «Foundations of Language» (1968); *Utterer's Meaning and Intentions*: «Philosophical Review» (1969).

<sup>6</sup> Platón, *Cratilo*, 425 a 431 b-c («el discurso es una síntesis de nombres y verbos»); *Teeteto*, 206 d; *Sofista*, 261 d-262 d.

<sup>7</sup> «Es imposible que exista discurso sobre nada», *Sofista*, 263 c.

teoría de la metáfora limitada igualmente a una reflexión sobre la designación por medio de los nombres.

P. F. Strawson<sup>8</sup> ha descrito detalladamente la identificación y la predicación. A base de progresivas reducciones, toda proposición se refiere a un individuo. (Pedro, Londres, el Sena, este hombre, esta mesa, el hombre que ha visto al hombre que ha visto al oso.) Por individuos, debemos entender aquí sujetos lógicamente propios. El lenguaje está hecho de tal manera que permite la identificación individual; entre los medios empleados se destacan cuatro: el nombre propio, el demostrativo, los pronombres y, sobre todo, el más frecuente, llamado desde Russell «descripción definida»<sup>9</sup>: tal y cual (artículo determinado seguido de un determinante). Señalar una cosa y una cosa sola: ésta es la función de las expresiones identificadoras a las que se reducen, en definitiva, los sujetos lógicos. Del lado del predicado, se pondrán: las cualidades adjetivas (grande, bueno) y las nominalizadas (grandeza, bondad), las clases de pertenencia (los minerales, los animales), las relaciones (X está al lado de Y) y las acciones (Bruto mató a César). Cualidades, clases, relaciones y acciones tienen en común el ser universalizables (correr, como acción, puede decirse de Aquiles y de la tortuga). De ahí la polaridad esencial del lenguaje que, por una parte, se enfoca en individuos denominados y, por otra, predica cualidades, clases, relaciones y acciones que son en realidad universales. El lenguaje funciona apoyado en esta disimetría entre dos funciones. La función identificadora designa siempre seres que existen (o de existencia neutralizada, como en la ficción)<sup>10</sup>. En realidad, yo hablo de algo que es; la noción de existencia va unida a la función singularizadora del lenguaje; los sujetos lógicamente propios existen potencialmente; ahí es donde el lenguaje «se pega», se adhiere a las cosas. En cambio, la función predicativa concierne a lo inexistente, pues mira a lo universal. La desafortunada disputa en torno a los universales, en la Edad Media, sólo fue posible por la confusión entre la función singularizadora y la predicativa: carece de sentido la pregunta de si la bondad existe; pero sí lo tiene esta otra: fulano, que es

<sup>8</sup> P. F. Strawson, *op. cit.*, II parte.

<sup>9</sup> Bertrand Russell, *On denoting* (1905), en: *Logic and Knowledge. Essays, 1901-1950* (Londres 1956). Cf. L. Linsky, *Referring* (1967).

<sup>10</sup> Sobre el postulado ontológico vinculado a la función identificante, cf. John Searle, *Speech Acts* (Cambridge 1969). «El axioma de existencia» se formula así: «*Whatever is referred to, must exist*» (77).

bueno, ¿existe? Así pues, la disimetría de las dos funciones implica también la disimetría ontológica del sujeto y del predicado.

Se podría poner como objeción a este análisis de Strawson la observación de Benveniste, de que el predicado basta por sí solo como criterio de las unidades de discurso: «No es indispensable la presencia de un sujeto y de un predicado: el término predicativo de la proposición se basta por sí mismo, ya que es en realidad el determinante del sujeto» (*Problèmes*, 128). Posiblemente, esta aparente divergencia proviene del logista y del lingüista. Este último puede mostrar predicados sin sujeto; el primero puede señalar que la determinación de un sujeto, tarea del predicado, es siempre la contrapartida de una identificación singularizadora. En realidad, la distinción strawsoniana halla un equivalente, si no una justificación, en la distinción entre lo semiótico y lo semántico. En efecto, lo semiótico realiza la función genérica; lo semántico, el objetivo singular: «El signo tiene siempre y sólo valor genérico y conceptual. No admite, pues, significado singular u ocasional; excluye todo lo individual; carecen de valor las situaciones circunstanciales» (*Le Forme et le Sens*, 35). Este carácter proviene de la misma noción de instancia de discurso; sólo la lengua, en acto, puede referirse a circunstancias y tener aplicaciones particulares; Benveniste va todavía más lejos: «La frase, expresión de lo semántico, es sólo particular» (36). De este modo hemos ido a parar al análisis de Strawson; un término genérico adquiere una función singularizadora solamente en situación de discurso. Russell lo había establecido ya de modo convincente en la teoría de las descripciones definidas. Pero el predicado, en sí mismo universalizante, sólo tiene este carácter circunstancial cuando determina a un sujeto lógico propio. Indudablemente, sigue habiendo una discrepancia importante entre el análisis de Strawson y el de Benveniste si admitimos que sólo el predicado caracteriza la frase. Pues, para Strawson, los predicados poseen valor genérico en cuanto designan una clase, una propiedad, una relación o una categoría de acción. Para resolver esta contradicción, habrá que añadir dos observaciones. Primera: únicamente la frase tomada como un todo, es decir, la intención del discurso, comporta una aplicación particular, aun cuando el predicado sea genérico: «Una frase participa siempre del aquí y del ahora... Toda forma verbal, cualquiera que sea el idioma en que se exprese, está siempre relacionada con un cierto presente, por tanto con un conjunto siempre único de circunstancias, que la lengua enuncia en una morfología especí-

fica» (37). Segunda: este todo que constituye la frase tiene, como veremos seguidamente, un sentido y una referencia: «El rey de Francia es calvo», posee un sentido al margen de cualquier circunstancia y una referencia en tal circunstancia concreta que la hace o verdadera o falsa<sup>11</sup>. En este caso, el *linguistic analysis* es más preciso que la semántica de los lingüistas, que parece demasiado tributaria de la oposición entre semiótica y semántica y, por lo mismo, demasiado preocupada por el único rasgo que garantiza la diferencia entre los dos órdenes.

La tercera bina de rasgos se refiere a la estructura de los actos del discurso; en cada uno se puede considerar un aspecto de locución y otro de ilocución (por no hablar del de perlocución, que no nos atañe en el presente contexto). Esta distinción, introducida por J. L. Austin<sup>12</sup>, se puede situar fácilmente en la prolongación de la teoría de la instancia de discurso de Benveniste. En efecto, ¿qué hacemos cuando hablamos? Muchas cosas, a diferentes niveles. Está, en primer lugar, el acto de decir o locutivo. Es lo que hacemos cuando relacionamos la función predicativa con la identificadora. Pero el mismo acto de relacionar «la acción de cerrar» con el sujeto «la puerta» puede efectuarse como constatación, mandato, disgusto, deseo, etc. Estas distintas modalidades del mismo contenido proposicional no afectan al acto proposicional en sí mismo, sino a su «fuerza», es decir, a lo que uno hace *al decir* (*in saying*); de ahí el término de ilocución; *al decir*, hago una promesa, o una constatación, o doy una orden (ya los sofistas, con Protágoras, habían distinguido varias formas de discurso: la pregunta y la respuesta, la súplica, la orden)<sup>13</sup>.

Lo que primeramente había interesado a Austin, creador de este tipo de análisis, es otra diferencia (que él consideró en seguida como un caso particular del problema que nos ocupa): la diferencia entre los constatativos y los performativos, cuyo modelo es la promesa: al prometer, me comprometo, me obligo a hacer<sup>14</sup>. Los performativos son enunciados en primera persona del singular del presente de indicativo y se refieren a acciones que dependen del que se compromete. La teoría del *speech-act* se ha perfeccionado con la observación de que el performativo no es el

<sup>11</sup> P. F. Strawson, *On referring*: «Mind» LIX (1950). Cf. L. Linsky, *op. cit.*

<sup>12</sup> J. L. Austin, *How to do things with words*, ed. J. O. Urmson (Oxford 1962). *Performatif-Constatif*, en *La Philosophie analytique* (París 1962).

<sup>13</sup> Aristóteles, *De la interpretación*, 1.

<sup>14</sup> J. L. Austin, *How to do things with words*, I.

único que *hace* algo. En la constatación, uno se compromete de modo distinto que en la promesa: creo lo que digo. Si digo «el gato está sobre la alfombra, pero no lo creo», la contradicción no está en el plano proposicional, sino entre el compromiso implícito en la primera proposición y la negación explícita que sigue. Por tanto, los performativos no son los únicos que presentan la estructura compleja de los actos de discurso. Hay que notar que el acto locutivo permite aclarar en el lenguaje elementos considerados como psicológicos: la creencia, el deseo, el sentimiento y, en general, un «mental act»<sup>15</sup> correspondiente. Esta observación es importante por la referencia al locutor, de la que trataremos más adelante.

Émile Benveniste no ha tenido problema en integrar la teoría del *speech-act* en su propia concepción de la instancia de discurso, como vemos en su recensión: «la philosophie analytique et le langage»<sup>16</sup>.

*Una cuarta bina de rasgos —del sentido y de la referencia—* fue introducida en la filosofía contemporánea por Frege, en su obra *Über Sinn und Bedeutung*<sup>17</sup>. Veremos que él también encuentra apoyo en el concepto de lo semántico de Benveniste. En efecto, sólo la frase permite esta distinción. Únicamente, a nivel de la frase, tomada como un todo, se puede distinguir lo que se dice y aquello sobre lo que se habla. Esta diferencia aparece ya implicada en la simple definición ecuacional:  $A = B$ , donde A y B tienen sentidos diferentes. Pero si decimos que uno es igual a otro, estamos diciendo al mismo tiempo que se refieren a la misma cosa. Se puede ver la diferencia entre sentido y referencia considerando los casos en que una referencia tiene claramente dos sentidos (el maestro de Alejandro y el alumno de Platón), o aquellos en que no hay referente asignable empíricamente (el cuerpo más alejado de la tierra).

La distinción entre sentido y referencia es una característica exclusiva del discurso; se opone radicalmente al axioma de la

<sup>15</sup> Peter Geach, *Mental Acts* (Londres 1957). Sobre el «Commitment» propio de cada acto de discurso y sobre el factor psicológico de «deseo» y de «creencia» implicado por este «commitment», cf. John Searle, *Speech Acts*, 64-71; Paul Ricoeur, *Discours et Communication*, en: *La Communication* (Actas del XV Congreso de las Sociedades de filosofía de lengua francesa, Montreal 1973).

<sup>16</sup> Emile Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, caps. XIII y XIV.

<sup>17</sup> Gottlob Frege, *Über Sinn und Bedeutung*: «Zeitschrift für Philosophie und philosophische Kritik» 100 (1892).

inmanencia de la lengua. En ésta, no hay problema de referencia: los signos remiten a otros signos *dentro* del mismo sistema. Con la frase, el lenguaje sale de sí mismo; la referencia indica la trascendencia del lenguaje.

Este rasgo, más que otros tal vez, marca la diferencia fundamental entre lo semántico y semiótico. Lo semiótico sólo conoce relaciones intralingüísticas; únicamente la semántica se ocupa de la relación del signo con las cosas denotadas, es decir, en definitiva, de la relación entre la lengua y el mundo. No existe, pues, oposición entre la definición del signo por la relación significante-significado y la definición por su relación con la cosa. Sólo la sustitución de la segunda definición por la primera constituye la semiótica como tal. Pero la segunda definición no queda abolida; continúa teniendo valor para el lenguaje en acto, cuando éste se considera en su función de mediador entre el hombre y el mundo, entre el hombre y el mundo, integrando, por tanto, al hombre en la sociedad y garantizando la adecuación del lenguaje al mundo. Además se puede relacionar el problema de la referencia con la noción de intención, distinta, como hemos visto antes, de la de significado. La intención, y no el significado, es la que tiene una referencia exterior al lenguaje: «Con el signo, se alcanza la realidad intrínseca de la lengua; con la frase nos relacionamos con las cosas fuera de la lengua; y mientras que el signo tiene como contrapartida constitutiva el significado que le es inherente, el sentido de la frase comporta una referencia a la situación de discurso y a la actitud del locutor»<sup>18</sup>. Diremos, pues, que la función de trascendencia de la intención corresponde perfectamente el concepto de referencia según Frege. Al mismo tiempo queda perfectamente justificado el análisis fenomenológico de Husserl basado en el concepto de intencionalidad: el lenguaje es fundamentalmente intencional, se refiere a otra cosa distinta de sí mismo<sup>19</sup>.

*Quinta bina: referencia a la realidad y referencia al locutor.* La referencia es un fenómeno dialéctico; en la medida en que el discurso alude a una situación, a una experiencia, a la realidad, al mundo, en una palabra, a lo extralingüístico, hace referencia también al propio locutor mediante procedimientos esencialmen-

<sup>18</sup> E. Benveniste, «La forme et le sens dans le langage», *op. cit.*, 36.

<sup>19</sup> E. Husserl, *Logische Untersuchungen*, 21913.

te de discurso y no de lengua<sup>20</sup>. Los pronombres personales que son propiamente «asémicos» ocupan el primer puesto entre estos procedimientos: la palabra «yo» no tiene significación en sí misma, es un indicador de la referencia del discurso al que habla. «Yo» es el que, en una frase, puede aplicarse al que habla, el «yo» del locutor; por tanto, el pronombre personal es esencialmente función de discurso y no adquiere sentido más que cuando alguien habla y se designa a sí mismo diciendo «yo». A los pronombres personales se añaden los tiempos de los verbos: todos ellos constituyen sistemas gramaticales muy diferentes, pero tienen una radicación en el presente. Pero el presente, igual que el pronombre personal, es auto-designativo. Es el momento mismo en que el discurso se pronuncia; es el presente del discurso; por medio de él, el discurso se califica temporalmente a sí mismo. Igual hay que decir de numerosos adverbios (aquí, ahora, etcétera) vinculados todos a la instancia de discurso. Lo mismo sucede con los demostrativos (esto, eso...) cuyas oposiciones vienen determinadas por su relación con el locutor; como autorreferencial, el discurso determina un esto —aquí— ahora absoluto.

Es evidente que este carácter autorreferencial está implicado en la noción misma de instancia de discurso. Puede igualmente relacionarse con la teoría del *speech-act*. En efecto, las «modalidades de las que es susceptible la frase» (130) (proposición enunciativa, interrogativa, imperativa, todas basadas idénticamente en la predicación) expresan diversas maneras de comprometerse el locutor en su discurso: «Estas tres modalidades no hacen más que reflejar las tres actitudes fundamentales del hombre que habla e influye por medio del discurso sobre su interlocutor: quiere transmitirle un conocimiento, obtener de él una información o darle una orden» (*ibid.*). Esto es consecuencia de la función de comunicación, que se apoya en la función autorreferencial del discurso. En efecto, «se trata de las tres funciones interhumanas del discurso que se expresan en las tres modalidades de la unidad de frase; cada una corresponde a una actitud del locutor» (*ibid.*).

De este modo se establece una correlación entre la teoría del *speech-act* y el carácter autorreferencial del discurso, implicado a su vez en la noción de instancia de discurso.

*El último rasgo es de suma importancia para nuestro estudio de la metáfora. La distinción entre lo semiótico y lo semántico*

<sup>20</sup> Emile Benveniste, *Problemes de linguistique générale*, parte V: «L'homme dans la langue», pp. 227-285.

implica una nueva distribución de lo paradigmático y de lo sintagmático. Las relaciones paradigmáticas (principalmente, la conjugación, las derivaciones, etc.) hacen referencia a los signos dentro del sistema; son, pues, de orden semiótico; para ellas es perfectamente válida la ley del binarismo tan del gusto de Jakobson y de los estructuralistas<sup>21</sup>. En cambio, el sintagma es el nombre mismo de la forma específica en la que se realiza el sentido de la frase. Este rasgo es fundamental para nuestra investigación, pues si el paradigma pertenece al orden semiótico y el sintagma al semántico, entonces la sustitución, ley paradigmática, hay que colocarla en el campo de lo semiótico. Se deberá, pues, decir que la metáfora, considerada como discurso —el enunciado metafórico—, es una especie de sintagma, y ya no se podrá colocar el proceso metafórico en el campo paradigmático ni el metonímico en el sintagmático. Esto no será obstáculo para clasificar la metáfora, en cuanto efecto de sentido que afecta a las palabras, dentro de las sustituciones, como veremos en el *Estudio V*; pero esta clasificación semiótica no excluye una investigación propiamente semántica de la forma de discurso, y por tanto del sintagma, realizada por la metáfora. Así pues, si es verdad que el efecto de sentido es el resultado de una cierta acción que las palabras ejercen unas sobre otras en la frase, el enunciado metafórico deberá ser considerado como sintagma. Se puede distinguir el lugar nuevo ocupado por la metáfora en las palabras de Benveniste: «Las palabras, a causa de sus posibles correlaciones, adquieren nuevos valores que antes no poseían y que son incluso contrarios a los que tenían antes» (*La Forme et le Sens*, 38).

## 2. Semántica y retórica de la metáfora

No debemos olvidar el papel de iniciador desempeñado por I. A. Richards con su libro *The Philosophy of Rhetoric*<sup>22</sup>. La teoría de la metáfora (caps. V y VI) queda vinculada no a una semántica de la frase, sino a una nueva definición de la retórica.

<sup>21</sup> Roman Jakobson, *La linguistique*, en: *Tendances principales de la recherche dans les sciences sociales et humaines*, cap. VI (París-La Haya 1970).

<sup>22</sup> I. A. Richards, *The philosophy of Rhetoric* (Oxford 1936).

Pero no es difícil demostrar que su concepto de retórica<sup>23</sup> deriva de una concepción semántica próxima a la que acabamos de exponer. Asimismo es consciente de «resucitar un viejo tema» a base de un nuevo análisis del lenguaje.

I. A. Richards toma su definición de la retórica de uno de los últimos grandes tratados del siglo XVIII, el del azobispo inglés Whately: la retórica es «una disciplina filosófica cuyo objeto es el dominio de las leyes fundamentales del uso del lenguaje» (*op. cit.*, 7). Como se ve, toda la amplitud de la retórica griega aparece restablecida en cada uno de los elementos de esta definición. Al poner el acento en el uso del lenguaje, el autor coloca la retórica en el plano propiamente verbal de la comprensión y de la comunicación; la retórica es la teoría del discurso, del pensamiento como discurso. Con la investigación de las leyes de este uso, somete las reglas de la habilidad a un saber organizado. Y al proponer como objetivo de la retórica el dominio de estas leyes, coloca el estudio de la no-comprensión en el mismo plano que el de la comprensión verbal (siguiendo esta línea, Richards llama a la retórica «un estudio de la comprensión y de la no-comprensión verbal») (23). En fin, el carácter filosófico de esta disciplina está asegurado por el empeño que se pone en evitar la «pérdida de comunicación», más que en asignar a la retórica una finalidad de persuadir, influir y agradar; esto último no ha hecho en el pasado más que separar la retórica de la filosofía. Definiremos, pues, la retórica como «un estudio de la no-comprensión y de los remedios contra ella» (3).

Este proyecto se aparta del de la retórica decadente no sólo por las aspiraciones asignadas a la retórica, sino sobre todo por su tono francamente hostil a cualquier taxonomía. No hay en esta obra ningún intento de clasificar las figuras; la metáfora aparece sin alusión alguna a su posible oposición a la metonimia o a la sinécdoque, como ocurría en la *Poética* de Aristóteles. Este rasgo negativo no es casual. ¿Qué se podría clasificar sino desviaciones? Y desviaciones ¿con respecto a qué, si no es a significaciones fijas? Y ¿qué elementos del discurso son verdaderamente portadores de significaciones fijas sino los nombres? Todo

<sup>23</sup> No deja de ser interesante observar que, de los tres estudios que cotejamos en este capítulo, uno se coloca en la perspectiva de la «retórica», otro en la de la «gramática lógica» y el tercero en la de la «crítica literaria». No se puede señalar mejor el carácter inseguro de las fronteras de estas disciplinas. Por eso resulta significativo el intento de encuadrarlas dentro de una misma semántica.

el esfuerzo investigador de I. A. Richards pretende restablecer los derechos del discurso frente a los de la palabra. Desde el principio, su crítica se centra en la distinción capital en la retórica clásica entre sentido propio y figurado, distinción que atribuye a la «superstición de la significación propia» (11). Las palabras no tienen significación propia porque no tienen significación en propiedad; y no poseen ningún sentido en sí mismas, porque es el discurso, tomado como un todo, el que hace sentido de un modo indiviso. Por tanto el autor puede condenar la noción de sentido propio en virtud de una teoría contextual del sentido, resumida en el «teorema contextual de la significación» (40).

El autor construye esta ley del contexto sobre las siguientes consideraciones. En primer lugar, el intercambio es el que impone la primacía del contexto: «somos cosas que responden a otras cosas» (29); el contexto del discurso es, pues, una parte de otro contexto más amplio, constituido por la situación de pregunta y de respuesta. Además, en una sección de discurso, las palabras deben su sentido sólo a un fenómeno de «eficacia delegada» (32). Este fenómeno es la clave de la noción de contexto; un contexto es «el nombre de un haz de acontecimientos que suceden juntos, incluyendo las condiciones necesarias y lo que podemos individualar como causa o como efecto» (34). A partir de ahí, las palabras sólo tienen significación por abreviación del contexto: «el significado de un signo expresa las partes que faltan en los contextos de los que saca su eficacia delegada» (35); es, pues, cierto que la palabra vale para... se emplea para..., pero no para una cosa o una idea. La creencia de que las palabras poseen una significación propia es un residuo de brujería, un vestigio de la «teoría mágica de los nombres» (71). Por tanto, las palabras no son en absoluto los nombres de las ideas presentes en el espíritu, ni se constituyen por una asociación fija con algún dato; sino que se limitan a hacer referencia a las partes del contexto que faltan. Por eso, la permanencia de sentido es invariablemente permanencia de contextos; pero esta permanencia no es evidente; la estabilidad es un fenómeno que hay que explicar. Lo que más bien sería evidente es una ley de proceso y de crecimiento como la que Whitehead postulaba para el principio de lo real.

Por tanto, nada se opone a que una palabra signifique más de una cosa; al remitir a partes que faltan en el contexto, éstas pueden pertenecer a contextos opuestos; las palabras expresan entonces por «superdeterminación» rivalidades a gran escala en-

tre diversos contextos» (40). Esta crítica de la superstición de una única significación verdadera prepara evidentemente una apreciación positiva de la función de la metáfora. Pero la observación que acabamos de hacer sirve para todas las formas de doble sentido que pueden vincularse a las intenciones, a la restricción mental, a las convenciones transmitidas por las partes que faltan en el contexto.

De este modo queda completamente invertida la relación de prioridad entre la palabra y la frase. Nos viene a la mente la rivalidad entre idea y proposición en Fontanier y la superioridad final de la idea en *Les figures du discours*<sup>24</sup>. Con I. A. Richards desaparece cualquier vacilación. El sentido de la frase no proviene del sentido de las palabras, sino que dimana del desmembramiento de la frase y del aislamiento de una de sus partes. El camino del *Teeteto* prevalece sobre el del Cratillo. I. A. Richards, en la conferencia titulada significativamente «Interaninación de las palabras» (47), establece la teoría de la interpenetración de las partes del discurso sobre la que se construirá la teoría de la interacción propia de la metáfora.

Las modalidades de esta interpenetración están en función del grado de estabilidad de las significaciones de las palabras, es decir, de los contextos abreviados. A este respecto, el lenguaje técnico y el poético constituyen los dos polos de una misma escala: en un extremo aparecen las significaciones unívocas ancladas en las definiciones; en el otro no se estabiliza ningún sentido fuera del «movimiento entre significaciones» (48). Es cierto que la práctica de los buenos autores tiende a fijar las palabras dentro de los valores de uso. Esta fijación por el uso ha dado pie sin duda a la falsa creencia de que las palabras tienen un sentido, poseen su sentido. Por otra parte, la teoría del uso no sólo no ha destruido el prejuicio de la significación propia de las palabras, sino que lo ha consolidado. Pero el uso literario de las palabras consiste precisamente en ir contra el fixismo del uso corriente y restablecer así «el juego de posibilidades interpretativas que reside en ese todo que es la enunciación» (55). Por eso el sentido de las palabras debe «adivinarsé» (53) en cada caso, sin que se puede contar nunca con una estabilidad definitiva. La experiencia de la traducción va en el mismo sentido y demuestra que la frase no es un mosaico sino un organismo; traducir es inventar una constelación idéntica en la que cada

<sup>24</sup> *Estudio* II, 2.

palabra recibe el apoyo de todas las demás y saca el mayor partido posible de la totalidad de la lengua.

Decíamos antes que I. A. Richards rompía con la teoría de la palabra concebida como el nombre de la idea. Hay que añadir que va más lejos que Benveniste en la primacía de la instancia de discurso sobre la palabra. Este subordina ciertamente el sentido actual de la palabra al sentido totalmente circunstancial de la frase, pero no lo disuelve en ella. En él la semántica sigue estando en tensión con una semiótica que garantiza la identidad de los signos por medio de sus diferencias y oposiciones. En el *Estudio V* volveremos sobre este conflicto entre una semiótica, basada en leyes diferenciales y que permite así la construcción de una taxonomía, y una semántica que sólo conoce una operación, la del predicado, y permite a lo sumo una enumeración (tal vez indefinida, como insinúa Wittgenstein)<sup>25</sup> de los «actos de discurso». Con I. A. Richards, nos adentramos en una semántica de la metáfora que desconoce la dualidad de la teoría de los signos y de la teoría de la instancia de discurso, y que se construye directamente sobre la tesis de la interanimación de las palabras dentro de la enunciación viva.

Esta teoría es una retórica, en cuanto que enseña el dominio del juego contextual por medio del conocimiento de unos criterios de comprensión distintos de la simple identidad de sentido sobre la que se edifica la lógica. Esta atención concedida a los criterios proviene de la antigua reflexión sobre las «virtudes de la *lexis*»<sup>26</sup>; pero estos criterios (precisión, viveza, expresividad, claridad, belleza) siguen dependiendo de la superstición de la significación propia. Si la retórica es «un estudio de la no-comprensión y de los remedios contra ella» (3), el principal remedio es el «dominio» (*command*)<sup>27</sup> de los desplazamientos (*shifts*) de significación que aseguran la eficacia del lenguaje por medio de la comunicación; la conversación ordinaria consiste en seguir estos desplazamientos; la retórica debe enseñar a dominarlos;

<sup>25</sup> Ludwig Wittgenstein, *Philosophical Investigations* (Nueva York 1963) 23: «Pero ¿cuántas clases de frases existen? ¿La afirmación, la interrogación, la orden tal vez? Hay innumerables clases...»

<sup>26</sup> *Estudio I*, p. 47.

<sup>27</sup> La expresión «command», que da nombre a la VI conferencia titulada «*The command of metaphor*» (115s), es sugerida por la conocida declaración de Aristóteles en la *Poética* (1459 a 8), que I. A. Richards traduce así: «*The greatest thing by far is to have a command of metaphor. This alone cannot be imparted to another: it is the mark of genius for to make good metaphor implies an eye for resemblances*» (op. cit., 89).

por eso la tarea más urgente de la nueva retórica es un estudio «sistemático» (73) de las formas recurrentes de ambigüedad o de transferencia. Sin embargo, se puede dudar de que semejante estudio pueda realizarse de un modo sistemático según el espíritu taxonómico; se trata más bien de una «clarificación», de una «traducción de nuestra habilidad para comprender» (*ibid.*), según un estilo muy próximo al *linguistic analysis* anglosajón.

A esta clarificación están dedicadas las dos conferencias de Richards sobre la metáfora (conferencias V y VI).

Primeramente, es necesario descubrir su funcionamiento en el uso ordinario, pues, contra la conocida opinión de Aristóteles para quien el dominio de la metáfora es un don del genio y no cuestión de estudio, el lenguaje, como muy bien dice Shelley, es «vitalmente metafórico»<sup>28</sup>; si «metaforizar bien» es poseer el dominio de las semejanzas, entonces, sin este dominio, no podríamos captar ninguna relación inédita entre las cosas; lejos, pues, de ser una desviación con relación al uso ordinario del lenguaje, se convierte en el «principio omnipresente de toda su acción libre» (90); no constituye un poder adicional, sino la forma constitutiva del lenguaje; al limitarse a describir un lenguaje florido, la retórica se ha condenado a no tratar más que problemas superficiales. En cambio, la metáfora se adentra en las profundidades mismas de la interacción verbal.

Esta omnipresencia de la metáfora es resultado del «teorema contextual de la significación». Si la palabra es el sustituto de una combinación de aspectos, que son a su vez las partes que faltan en sus diversos contextos, el principio de la metáfora se deriva de esta constitución de las palabras. Según una formulación elemental, la metáfora mantiene dos pensamientos sobre cosas diferentes simultáneamente activos en el seno de una palabra o de una expresión simple, cuya significación es la resultante de su interacción. Y si queremos que esta descripción concuerde con el teorema de la significación, tendremos que decir que la metáfora mantiene unidas en una significación simple dos partes diferentes que faltan en los distintos contextos de esta

<sup>28</sup> «Langage is vitally metaphorical, that is, it marks the before unapprehended relations of things and perpetuates their apprehension, until words, which represent them, become, through time, signs for portions or classes of thought instead of pictures of integral thoughts: and them, if no new poets should arise to create afresh the associations which have been thus disorganised, language will be dead to all the nobler purposes of human intercourse», citado por I. A. Richards, *op. cit.*, 90-91.

significación. No se trata, pues, de un simple desplazamiento de las palabras, sino de una relación entre pensamientos, es decir, de una transacción entre contextos. Si la metáfora es una habilidad, un talento, lo es del pensamiento. La retórica no es más que la reflexión y la manifestación de ese talento en un saber distintivo.

En este estadio de la descripción, podríamos correr el peligro inverso al de la excesiva minuciosidad de la topología. Dos pensamientos sintetizados en una expresión única ¿no constituyen una metáfora? Aquí introduce I. A. Richards un factor distintivo que desempeña el papel de diferencia específica con relación al concepto genérico de «transacción entre contextos». En la metáfora, los dos pensamientos aparecen de alguna forma desnivelados, en cuanto describimos uno con los rasgos del otro. Fontanier ya había percibido algo de esto en su definición de la metáfora: «presentar una idea bajo el signo de otra...»<sup>29</sup>; pero no había llegado a deducir todas las consecuencias por carecer de una teoría apropiada del discurso. I. A. Richards propone llamar «dato» (*tenor*) a la idea subyacente, y «transmisión» (*vehicle*) a aquella bajo cuyo signo se percibe la primera<sup>30</sup>. Pero es importante señalar que la metáfora no es «transmisión»; es un todo formado por dos mitades. Este vocabulario es, sin duda, menos familiar que cualquier otro. ¿Por qué no decir: la idea original y la advenida, o bien lo que realmente se piensa o se dice, y aquello con lo que se lo compara? ¿Por qué no decir el sujeto principal y aquello a lo que se asemeja o, mejor todavía, la idea y su imagen? Pero, precisamente, la ventaja de este vocabulario esotérico estriba en que aleja cualquier alusión a un sentido propio, cualquier recurso a una teoría no contextual de la idea y, sobre todo, a la noción de imagen mental. (En este pun-

<sup>29</sup> *Estudio II*, 79.

<sup>30</sup> *Op. cit.*, 90. El sentido fundamental del término *tenor* aparece garantizado en el siguiente texto de Berkeley, citado por I. A. Richards: «I do... once for all desire whoever shall think it worth his while to understand... that he would not stick in this or that phrase, or manner of expression, but candidly collect my meaning from the whole sum and tenor of my discourse, and laying aside the words as much as possible, consider the base notions themselves...», *op. cit.*, 45. Ch. Perelman y L. O. Olbrechts-Tyteca en su *Traité de l'argumentation* (París 1958) limitan la aplicación de esta bina a la analogía de proporcionalidad: «Llamamos *thème* al conjunto de los términos A y B sobre los que recae la conclusión... y *phore* al conjunto de los términos C y D que sirven de apoyo al razonamiento...» (501).

to, los adversarios principales de I. A. Richards son los retóricos ingleses del siblo XVIII. Richards opone a todos ellos la perspicacia de Coleridge, del que cita un texto admirable)<sup>31</sup>. A este respecto, nada es más desorientador que la confusión entre figura de estilo e imagen, si se entiende por imagen la copia de la percepción sensible. «Dato» y «transmisión» permanecen neutrales frente a todas estas confusiones. Sobre todo, se excluye poder hablar del «dato» aparte de la figura y tratar a la «transmisión» como un adorno sobreañadido: la metáfora se engendra por la presencia simultánea del «dato» y de la «transmisión» y por su interacción; por lo tanto, el dato no queda inalterado, como si la transmisión no fuera más que un vestido, un adorno. Veremos después el partido que Marx Black sacará de esta observación.

¿Qué ocurre ahora con el «dominio (*command*) de la metáfora», en una consideración reflexiva del talento espontáneo que actúa en ella? Se corre el gran peligro de colocar nuestras teorías «necesariamente simplificadoras y falsificadoras», en lugar de nuestro talento, por muchos conceptos prodigioso e inexplicable. Acaso toda renovación de la retórica deba exponerse a esa equivocación que William James ha llamado «el sofisma del psicólogo» (116): «Es muy probable que nuevas tentativas nos lleven otra vez a lo artificial y a lo arbitrario» (115). (Esta advertencia vale tal vez para las tentativas que estudiaremos en el *Estudio V*).

Un primer problema crítico que una retórica reflexiva no puede aclarar se refiere a la distinción entre sentido literal y metafórico. Hemos visto que la pareja bina «dato-transmisión» ignora por completo esta distinción. Sin embargo, aunque no partamos de ella, podemos tal vez llegar a ella. En efecto, el único criterio de la metáfora es que la palabra proporciona dos ideas a la vez<sup>32</sup>, implica al mismo tiempo «dato» y «transmisión» en interacción. Por contraste, este criterio puede servir

<sup>31</sup> En este texto tomado del apéndice C del *Statesman's Manual*, Coleridge compara el crecimiento de lo imaginario con el de un vegetal. O, más exactamente, al meditar sobre los intercambios entre la vida individual y la cósmica por los que la parte se convierte en el «organismo visible» del todo, se produce al mismo tiempo metafóricamente el sentido de todo símbolo. En efecto, un símbolo «*while it enunciates the whole, abides itself as living part of that unity of which it is the representative*», I. A. Richards, *op. cit.*, 109. Sobre la metáfora en Coleridge, cf. I. A. Richards, *Coleridge on Imagination* (Londres 1934, <sup>3</sup>1962).

<sup>32</sup> I. A. Richards recuerda lo dicho por Johnson: es metáfora cualquier palabra que «*gives us two ideas for one*», *op. cit.*, 116.

para definir el sentido literal: si no se puede distinguir entre dato y transmisión, entonces la palabra puede considerarse provisionalmente como literal. Por tanto, la distinción literal-metafórico no es irrecuperable, pero ya no proviene de un carácter propio de las palabras, sino de la manera de funcionar la interacción, sobre la base del teorema del sentido contextual. Pero, entonces, el sentido literal ya no tiene nada que ver con el sentido propio. Además, el lenguaje literal se usa muy raramente, fuera del lenguaje técnico de las ciencias.

La lucidez reflexiva aplicada al talento metafórico consiste, en buena parte, en dar cuenta del fundamento de la metáfora, de su «razón». Ya se trate de metáfora muerta (el pie de la silla) o viva (la metáfora de escritor), todos coinciden en buscar su razón en un carácter común. Pero éste no descansa necesariamente en una semejanza directa entre el «dato» y la «transmisión»; puede provenir de una actitud común. Por tanto, un amplio abanico de casos intermedios se despliega entre estos dos extremos.

Un segundo problema crítico se deriva del anterior: la relación entre «dato» y «transmisión» ¿pertenece necesariamente al orden de la comparación? Y ¿qué es una comparación? Comparar puede consistir en disponer dos cosas juntas para permitirles actuar a la vez; también puede consistir en apreciar su semejanza; o además en captar ciertos aspectos de una de ellas a través de la presencia simultánea de la otra. La semejanza sobre la que la retórica decadente construyó la definición de metáfora no es más que una forma peculiar de la relación mediante la que describimos una cosa con términos de otra. La «transmisión» tiene numerosas maneras de controlar la modalidad de percepción del «dato». Pero la tesis que se opondría radicalmente a la definición estricta de metáfora en términos de semejanza para reemplazar, según lo hace André Breton, la comparación como un poner en presencia dos ideas heteróclitas, «de modo brusco y sorprendente»<sup>33</sup>, sólo tiene el mérito de producir una imagen negativa de la retórica clásica. Comparar, dice I. A. Richards, es siempre relacionar, y «el espíritu es una facultad que relaciona; sólo opera relacionando; es capaz de relacionar dos cosas cualquiera según un número indefinidamente variable de modos diferentes» (125). Como se ve, la «filosofía de la retórica», por muy

<sup>33</sup> A. Breton, *Les Vases communicants*, citado por I. A. Richards, *op. cit.*, 123.

hostil que sea a las significaciones propias, no aboga por el desorden calculado. Se puede tensar el arco hasta el límite, pero la flecha siempre tiene un blanco; no hay, pues, lenguaje que no dé sentido a lo que primero dividió el espíritu. A veces, hace falta un poema entero para que el espíritu cree o descubra un sentido; pero el espíritu siempre une y relaciona.

De esta manera, la teoría de la tensión permite tanto la semejanza como la semejanza; la modificación que la *transmisión* comunica al *dato* es obra quizá más de su desemejanza que de su semejanza<sup>34</sup>.

El último problema crítico se refiere al alcance *ontológico* del lenguaje metafórico.

Se ha hecho alusión a este problema al hablar de la habilidad espontánea; el teorema del sentido contextual permite entender por contexto las partes que faltan del discurso implicado en el sentido de las palabras, y también las situaciones representadas por estos términos que faltan; por eso no se puede dudar en hablar de una percepción metafórica de la realidad: «Nuestro mundo —escribe Richards— es un mundo proyectado, totalmente impregnado de caracteres tomados de nuestra propia vida... los intercambios entre significaciones de palabras, que estudiábamos en las metáforas verbales explícitas, están sobrepuestos a un mundo percibido, que es producto de anteriores metáforas espontáneas» (109). Todo esto abarca el teorema general de la significación. Pero el análisis de I. A. Richards no está orientado hacia el problema de las relaciones entre metáfora y realidad que ocurrirá con el de Ph. Wheelwright que examinaremos en el *Estudio VII*; por eso, tenemos que diferir el estudio de este problema, pues todavía nos queda por conocer la distinción entre sentido y referencia.

Una retórica reflexiva tampoco puede resolver el problema; pero al menos puede clarificarlo abordándolo por el de la creencia: ¿debemos creer lo que dice una enunciación, para comprenderla plenamente? ¿Debemos aceptar como verdadero lo que dicen metafóricamente la *Biblia* o *La Divina Comedia*? Una respuesta crítica consistirá en discernir cuatro posibles modos de interpretación, y por tanto de creencia, según que el objetivo de ésta sea un enunciado basado en la abstracción del «dato», un enunciado que trate de sus relaciones, o según «que podamos aceptar o rechazar el rumbo que conjuntamente tenderían a dar

<sup>34</sup> El problema de la semejanza se discutirá más tarde en el *Estudio VI*.

a nuestro modo de vivir» (135). Esta última posibilidad de comprender un enunciado parece recalcar, pero ya de un modo crítico, el movimiento espontáneo, evocado anteriormente, de percepción metafórica del mundo. Nosotros consideraremos este modo de comprender el mundo como el paradigma de una concepción hermenéutica de la metáfora<sup>35</sup>. El «dominio de la metáfora», como sugiere el propio I. A. Richards, será entonces el «del mundo que nos forjamos para vivir en él» (*ibid.*). El autor no prosigue su investigación en esta línea; se limita a evocar el caso del psicoanálisis en el que la «transferencia» —precisamente otra palabra para designar la metáfora— no se reduce a un juego de palabras, sino que actúa sobre nuestros modos de pensar, de amar y de obrar; en efecto, en la densidad de las relaciones vitales desciframos las situaciones nuevas en términos de figuras —por ejemplo, la imagen de la paternidad— que realizan la función de «transmisión» respecto a esas situaciones nuevas consideradas como «dato». El proceso de la interpretación prosigue entonces en el plano de los modos de existir. El ejemplo del psicoanálisis, brevemente evocado, permite al menos percibir el horizonte del problema retórico: si la metáfora consiste en hablar de una cosa con términos de otra, ¿no es también metáfora el pensar, sentir o percibir una cosa con los términos de otra?

### 3. Gramática lógica y semántica

El artículo de Max Black titulado «Metaphor» y publicado en *Models and Metaphors*<sup>36</sup>, se ha convertido, al otro lado del Atlántico, en un clásico del tema. Y con razón; pues condensa de un modo que podríamos llamar nuclear las tesis fundamentales de un análisis semántico de la metáfora a nivel de todo el enunciado, para así explicar el cambio de sentido que se concentra en la palabra. Sin embargo, este breve estudio no eclipsa la obra de I. A. Richards, pese a los titubeos y a cierta imprecisión técnica de este último. La obra de Richards abrió el camino; Max Black y otros ocuparon y organizaron el campo.

En principio, la finalidad que persigue Max Black parece apartarse de su predecesor; no le anima ningún deseo de restau-

<sup>35</sup> Estudio VII.

<sup>36</sup> Max Black, *Models and Metaphors* (Itaca 1962), cap. III: «Metaphor»; cap. XIII: «Models and Archetypes».

rar la vieja retórica; más bien se propone elaborar la «gramática lógica» de la metáfora, que podríamos describir como el conjunto de respuestas convincentes a preguntas como éstas: ¿cómo se reconoce una metáfora? ¿Hay criterios para descubrirla? ¿Debemos ver en ella un simple adorno añadido al sentido escueto y simple? ¿Qué relaciones hay entre metáfora y comparación? ¿Qué efecto se busca al emplear una metáfora? Como vemos, la tarea de clarificación que estas preguntas suscitan no difiere mucho de lo que I. A. Richards llama retórica, puesto que, para este último, adquirir el dominio de la metáfora exige conocer su funcionamiento y el de todo el lenguaje. Hay una gran afinidad entre dominio reflexivo y clarificación. Además, los dos autores comparten la convicción de que su trabajo de clarificación presupone, en uno, habilidad técnica en el uso de la metáfora, y en el otro, un acuerdo espontáneo sobre una lista previa de ejemplos claros de metáfora. Y así como no se puede comenzar por plantear expresiones bien construidas sin apoyarse primero en la conciencia de gramaticalidad de los locutores, el uso espontáneo debe guiar los primeros pasos de la gramática lógica. Esta abarca, pues, el mismo campo que la retórica reflexiva de I. A. Richards y añade diversas precisiones de mayor nivel técnico, como corresponde a un logista y a un epistemólogo.

El trabajo de clarificación de Max Black marca un avance decisivo al menos en tres puntos.

El primero concierne a la estructura misma del enunciado metafórico, expresado por Richards con la relación «dato-transmisión». Antes de presentar esta distinción para luego someterla a crítica, es necesario partir del siguiente presupuesto: el constitutivo de la metáfora es un enunciado entero, pero la atención se concentra en una palabra particular cuya presencia justifica que el enunciado se considere como metafórico. Este balanceo del sentido entre el enunciado y la palabra es la condición del rasgo principal: el contraste existente, en el seno del mismo enunciado, entre una palabra tomada metafóricamente y otra que no lo es: en un enunciado como «*The chairman plowed through the discussion*», la palabra «*plowed*» está tomada metafóricamente, las otras no. Diremos, pues, que la metáfora es una frase, o una expresión de igual naturaleza, en la que ciertas palabras se emplean metafóricamente y otras no metafóricamente. Este rasgo nos proporciona un criterio para distinguir la metáfora del proverbio, de la alegoría y del enigma, donde todas las palabras se emplean metafóricamente; por la misma razón, el simbolismo de

*El Castillo* de Kafka no es un caso de metáfora. Esta precisión, además de ayudarnos a delimitar el fenómeno, permite corregir la distinción entre *dato* y *transmisión* que tiene el defecto de referirse a «ideas» o «pensamientos», de los que se afirma su «actividad conjunta», y sobre todo, el de implicar significaciones demasiado fluctuantes para cada uno de los términos (47, n. 23). La definición anterior permite aislar la palabra metafórica del resto de la frase; se hablará entonces de *focus* para designar esa palabra, y de *frame* para el resto de la frase; estas expresiones tienen la ventaja de manifestar directamente el fenómeno de focalización sobre una palabra, sin volver a la ficción ilusoria de que las palabras tienen un sentido en sí mismas. Efectivamente, el empleo metafórico del «foco» proviene de la relación entre «centro» y «marco». Richards había visto esto perfectamente cuando decía que la metáfora procede de la acción conjunta del *dato* y de la *transmisión*. El vocabulario más preciso de Max Black permite definir con más exactitud esta interacción entre el sentido indiviso del enunciado y el sentido focalizado de la palabra.

Aquí interviene el segundo paso decisivo: la instauración de una frontera que se había trazado entre la teoría de la interacción surgida del análisis anterior y las teorías clásicas, que el autor divide en dos grupos: una concepción sustitutiva y una concepción comparatista de la metáfora. A este respecto, Max Black ha llevado la interpretación a una alternativa clara, que facilitará el punto de partida de nuestra propia interrogación en el *Estudio IV* y *V*. Pero primero es necesario franquear esta alternativa instaurada por Max Black.

Lo que Max Black llama teoría sustitutiva corresponde exactamente al modelo elaborado por nosotros al comienzo del segundo estudio, para servir de piedra de toque de la concepción retórica clásica; Max Black concentra su ataque en lo que hemos llamado quinto postulado: en lugar de emplear una determinada expresión literal, el locutor elige sustituirla por otra tomada en un sentido diferente del normal. Igual que nosotros, Max Black relaciona con este postulado los otros dos que cierran el modelo: si la metáfora es una expresión que sustituye a una expresión literal ausente, estas dos expresiones son equivalentes; se puede, pues, traducir la metáfora por medio de una paráfrasis exhaustiva; entonces la metáfora no comporta ninguna información. Y si la metáfora no enseña nada, su justificación debe buscarse en otra parte y no en su función de conocimiento; o bien, como la catácrisis, de la que entonces no sería más que una variedad, llena

un vacío en el vocabulario —y entonces funciona como una expresión literal y deja de existir en cuanto metáfora— o bien es un simple adorno del discurso, que proporciona al oyente el placer de la sorpresa, del disfraz o de la expresión en imágenes.

Max Black no se limita a oponer una teoría de la interacción a otra de la sustitución; añade a ésta una teoría de la comparación, en la que ve un caso particular de sustitución. Sin embargo, no la introduce así, sino partiendo de una reflexión general sobre la noción de lenguaje «figurativo»: toda figura implica un desplazamiento, una transformación, un cambio de orden semántico, que hace de la expresión figurada una función, «en el sentido algebraico», de una expresión literal previa. De ahí la pregunta: ¿Qué es lo que caracteriza la función transformadora desatada por la metáfora? Esta es la respuesta: la razón de la metáfora es la analogía o la semejanza (la primera tiene lugar entre relaciones; la segunda, entre cosas e ideas). Recordamos que I. A. Richards empleaba un argumento parecido en el marco de la retórica reflexiva. Pero, para Max Black, la teoría de la comparación no es más que un caso particular de la sustitución; en efecto, explicitar la razón de una analogía, es crear una comparación literal, que se considera equivalente al enunciado metafórico y que por tanto puede sustituirlo.

Se puede, sin embargo, poner en duda que la semejanza que actúa en la metáfora se despliegue simplemente (y, si se puede decir, se literalice) en la comparación; nuestro estudio sobre Aristóteles ha mostrado la complejidad de la relación entre metáfora y comparación; pensar que la metáfora es una comparación condensada, abreviada, elíptica, no es tan evidente. Además, nada nos dice que la comparación explicitada por el término de comparación (como, semejante, se parece a, etc.) constituya un enunciado literal que se pueda considerar como equivalente al enunciado metafórico que ha sustituido a este último. En pocas palabras, una teoría en que la semejanza juega un papel no es necesariamente una teoría en que la comparación constituye la paráfrasis de la metáfora. Volveremos sobre ello en el *Estudio VI*.

Max Black hace, además, a la teoría de la comparación una serie de objeciones directas, que no ponen en juego su dependencia de la teoría de la sustitución. Y sin duda es necesario, puesto que la teoría de la comparación tiene su propia argumentación y no está relacionada más que por sus consecuencias con la teoría de la sustitución. En realidad, Max Black no vuelve sobre la noción de lenguaje figurativo, o de figura, que requiere

un estudio distinto (como lo demuestran las observaciones de Aristóteles sobre «poner ante los ojos», y las de Fontanier sobre la afinidad entre lenguaje figurado y lenguaje imaginativo). Las objeciones de Max Black se centran en la explicación de la figura metafórica por medio de la semejanza o la analogía. La semejanza, dice, es una noción vaga, si no vacía; aparte de que admite grados, y por tanto límites indeterminados, proviene más de la apreciación subjetiva que de la observación objetiva; en fin, en los casos en que aparece con claridad, es mejor decir que la metáfora es la que crea la semejanza, y no que la metáfora enuncia una semejanza que ya existía antes. Volveremos con más detenimiento sobre estas objeciones en el *Estudio* VI. Digamos, por ahora, que todavía no se ha demostrado que el destino de la semejanza esté ligado al de la comparación formal, ni que ésta constituya un caso de interpretación por sustitución.

Lo más grave es sin duda que, al eliminar la primacía de la analogía o de la semejanza, se elimina también toda la teoría tropológica y la teoría de las funciones transformadoras que la constituyen, una de cuyas especies es la analogía. Volviendo la espalda a toda taxonomía, Max Black admite que todas las clases de «fundamento» convienen al cambio de significación según el contexto, incluso la ausencia de razón propia (43): «En general, no hay ningún fundamento simple de los cambios necesarios de significación, ninguna razón que explique por qué ciertas metáforas tienen éxito y otras fracasan» (45). Este argumento queda declarado formalmente incompatible con la tesis de la comparación.

Volveremos, a partir del *Estudio* IV, sobre la legitimidad de una oposición tan tajante entre teoría de la sustitución y teoría de la interacción. Subyace a esta oposición la dicotomía entre semiótica y semántica. La adoptamos, como mera hipótesis de trabajo, en el presente estudio. Será necesario discutirla en su momento. Subrayemos mayormente las ventajas de esta marcada oposición entre la teoría de la interacción y sus antagonistas: el punto decisivo es que la metáfora de interacción es insustituible y, por lo mismo, intraducible «sin pérdida de contenido cognoscitivo» (46); al ser intraducible, es portadora de significación; en una palabra, enseña.

La tercera aportación importante de Max Black concierne al funcionamiento mismo de la interacción. ¿Cómo actúa el «marco» —el contexto— sobre el término focal para suscitar en él una significación nueva, irreductible a la vez al uso literal y a

la paráfrasis exhaustiva? Este es el problema de Richards; pero su solución o bien nos lleva nuevamente a la teoría de la comparación invocando un carácter común, o bien se hunde en la confusión, hablando de la actividad simultánea de dos pensamientos. Sin embargo, Richards nos pone sobre la pista sugiriendo que el lector está obligado a «relacionar dos ideas». Pero, ¿cómo?

Sea la metáfora «el hombre es un lobo». El foco —un lobo— opera no en virtud de su significación lexical ordinaria, sino por el «sistema de lugares comunes asociados» (40), es decir, en virtud de las opiniones y prejuicios en los que el locutor de una comunidad lingüística se halla comprometido, por el solo hecho de hablar; este sistema de lugares comunes se añade a los usos literales de la palabra que rigen las leyes sintácticas y semánticas, para formar un sistema de implicaciones, adecuado para una evocación más o menos fácil y libre. Llamar a un hombre lobo es evocar el sistema lupino de los lugares comunes correspondientes. Se habla, pues, del hombre en «lenguaje lupino». A manera de filtro (39) o de pantalla (41), «la metáfora —lobo— suprime ciertos detalles y acentúa otros, en una palabra, *organiza* nuestra visión del hombre» (*ibid.*).

De este modo la metáfora confiere un *insight*. La organización de un tema principal por aplicación de otro subsidiario constituye una operación intelectual irreductible, que informa y aclara como ninguna paráfrasis podría hacerlo. El acercamiento entre modelo y metáfora —realizado por Max Black en otro ensayo<sup>37</sup>— nos brindaría el comentario adecuado en este momento. Y nos revelaría de modo decisivo la contribución de la metáfora a la lógica de la invención. Hablaremos de ello en el *Estudio VII*, cuando hayamos distinguido con claridad la función referencial de la función propiamente significativa de la metáfora. El presente estudio, al no conocer más que elementos inmanentes al discurso —un tema principal y otro subsidiario—, no puede examinar como corresponde el poder de *redescripción* que se vincula al modelo y, de rechazo, a la metáfora. Dentro de los límites del presente estudio, podemos hablar, sin embargo, del «contenido cognoscitivo de la metáfora», en contraste con la información nula que le asigna la teoría de la sustitución.

El mérito de esta teoría de Black es grande. Sin embargo, quedan todavía cuestiones sin respuesta. Ya hemos expresado al-

<sup>37</sup> «Models and Archetypes», 109, nota 2.

gunas dudas sobre la eliminación de la teoría de la sustitución y, sobre todo, de la teoría de la comparación. Hay que tomar con ciertas reservas la explicación de la interacción por una evocación del sistema asociado de los lugares comunes.

La principal dificultad —por otra parte, ya percibida por el mismo autor (43-44)— es que el recurso a un sistema asociado de lugares comunes supone el empleo de connotaciones ya establecidas; al mismo tiempo, la explicación queda limitada a las metáforas triviales; a este respecto, es curioso observar que un ejemplo como «el hombre es un lobo» haya sustituido subrepticamente a otros ejemplos más ricos de la lista inicial. Pero, ¿acaso no es la misión de la poesía, y a veces de la prosa elevada, establecer nuevas formas de implicaciones? Hay que confesarlo: «Las metáforas pueden apoyarse en sistemas de implicaciones especialmente contruidos lo mismo que en lugares comunes ya conocidos» (43). La rectificación es notable; en realidad, es capaz de destruir los propios cimientos de la explicación. En el resumen final, en forma de tesis, el autor declara: «Las implicaciones asociadas consisten primeramente en lugares comunes en cuanto al tema subsidiario; pero, en casos convenientes, pueden consistir en implicaciones desviantes establecidas por el escritor» (44) según las necesidades del caso. ¿Qué pasa con esas implicaciones inventadas sobre la marcha?

Volvemos a encontrar el mismo problema desde otro ángulo: el autor admite que el sistema de implicaciones cambia debido al enunciado metafórico: aplicar este sistema es al mismo tiempo contribuir a determinarlo (el lobo parece más humano en el momento en que, llamando lobo al hombre, colocamos a éste bajo una luz especial). Pero entonces la creación de sentido, propia de lo que Fontanier llamaba metáforas de invención, se reparte en todo el enunciado metafórico, y la analogía del filtro o de la pantalla no sirve ya para gran cosa; la emergencia del sentido metafórico sigue siendo tan enigmática como antes.

Esta cuestión de la emergencia del sentido aparece planteada más directamente todavía por lo que Max Black llama la *aplicación* del predicado metafórico; esta aplicación tiene efectivamente algo de insólito y de paradójico en el sentido más propio de la palabra; si la metáfora escoge, acentúa, suprime, organiza el tema principal, es porque traslada a éste caracteres que se aplican normalmente al tema subsidiario. Hay aquí una especie de equívoco que ya apuntaba Aristóteles al decir que se da al género el nombre de la especie, y a la especie el nombre del género, etc.

Veremos más adelante cómo Turbayne pone de relieve este aspecto<sup>38</sup>, relacionándolo con el *categorymistake* de Gilbert Ryle. Pero esta paradoja, que va unida a la misma noción de epífora, queda desdibujada por una teoría que insiste más en las implicaciones del término focal que en su propia aplicación.

Respecto al estatuto epistemológico de la presente descripción, podemos preguntarnos si Marx Black ha mantenido su promesa de escribir la «gramática lógica» de la metáfora. El autor propone un término equivalente, el de «semántica», que opone, por una parte, a la «sintaxis» y, por otra, a un «estudio físico» que recae sobre la lengua: en efecto, la misma metáfora, traducida a otra lengua, es independiente de su configuración fonética o de su forma gramatical. Pero el análisis sería puramente semántico sólo si las reglas de nuestro lenguaje permitiesen decir si una expresión-predicado vale como metáfora, independientemente de las circunstancias de la enunciación y de los pensamientos, actos, sentimientos e intenciones de los locutores. No es normal —confiesa el autor (29)— que el reconocimiento y la interpretación de una metáfora autoricen esta doble abstracción. Lo que suele llamarse «el peso» o «la insistencia», refiriéndose al uso especial de una expresión, depende en gran parte de la intención del que emplea la expresión: ¿hasta qué punto un pensador que habla de «formas lógicas» puede percibir en su interior la analogía con respecto a un destinatario, y puede tener la intención de insistir en esa afinidad? Por tanto, es necesario confesar que la metáfora proviene tanto de la «pragmática» como de la «semántica» (30). Pero esta cuestión de tipo metodológico coincide con nuestra pregunta anterior sobre el estatuto de «sistema asociado de lugares comunes». La explicación por medio de las implicaciones no léxicas de las palabras, difícilmente se puede calificar como semántica. Se dirá sin duda que la explicación no tiene nada de psicológico, puesto que la implicación se rige por reglas a las que se encuentran «sometidos» los sujetos hablantes de una comunidad lingüística; pero se subraya también que «lo importante, respecto a la eficacia de la metáfora, no es que los lugares comunes sean verdaderos, sino que sean susceptibles de una evocación fácil y libre» (40). Pero esta evocación de un sistema asociado parece constituir una actividad creadora de la que sólo se habla aquí en términos psicológicos.

Por consiguiente, cualquier explicación en términos de «gra-

<sup>38</sup> Colin Murray Turbayne, *The Myth of Metaphor*, cf. *Estudio VII*.

mática lógica» o de «semántica» deja de lado un enigma que se le escapa: el de la emergencia de una significación nueva más allá de cualquier norma establecida.

#### 4. Crítica literaria y semántica

¿A qué disciplina corresponde la explicación de la metáfora? Hemos escuchado dos respuestas, la de la retórica y la de la gramática lógica. Veamos ahora, con Monroe Beardsley, en *Aesthetics*<sup>39</sup>, la de la crítica literaria. ¿Cómo está enraizada esta explicación en el suelo común de la semántica de la frase? ¿Qué nuevos derroteros abre? ¿Qué ventajas puede obtener la teoría de la metáfora de este cambio de perspectiva?

Me he centrado en la *Aesthetics* de Beardsley no sólo porque este autor presenta una explicación de la metáfora que recoge las cuestiones dejadas en suspenso por el análisis de Max Black, sino porque la crítica literaria, en la que se desarrolla su explicación, se funda en una semántica muy próxima a la expuesta al comienzo de este estudio.

Antes de constituir un nivel de organización distinta, la obra literaria es una entidad lingüística del mismo género que la frase, «la más pequeña unidad completa de discurso» (115). Por tanto, a este nivel deben elaborarse los principales conceptos técnicos en los que se apoyará la crítica; sobre ellos se construirá una definición puramente semántica de la literatura.

Estos conceptos técnicos tienden a delimitar el fenómeno de la significación, en las frases y en las palabras, tal como lo presenta la literatura. De ese modo, el autor se distancia con respecto a cualquier definición emocional de la literatura. Sustituye la distinción entre lenguaje cognoscitivo y lenguaje emocional, propia del positivismo lógico, por la distinción, interna a la significación, entre significación primaria y secundaria: la primera representa lo que la frase «dice explícitamente» (*state*); la segunda, lo que «sugiere». Esta distinción no coincide con la de Austin, entre constatativo y performativo, porque una proposición declarativa puede establecer una cosa y sugerir otra que, como la primera, puede ser verdadera o falsa. Sea el ejemplo de Frege: «Napoleón, al darse cuenta del peligro en su flanco derecho, dispuso él mismo su guardia contra la posición enemiga». La

<sup>39</sup> Monroe Beardsley, *Aesthetics* (Nueva York 1958).

frase compleja «dice» que Napoleón se dio cuenta del peligro... y dispuso...; pero «sugiere» que la maniobra se realizó *después* de darse cuenta del peligro y *a causa* de esta percepción; en resumen, que el caer en la cuenta del peligro fue la razón de que Napoleón decidiera la maniobra; la sugerencia puede resultar falsa si se demuestra, por ejemplo, que no fue éste el orden de las decisiones. Por tanto, lo que una frase «sugiere» es lo que podemos suponer que el locutor probablemente cree, más allá de lo que afirma; lo propio de una sugerencia es poder desorientar. La podemos llamar significación secundaria, porque no se percibe tan central o fundamental como la primaria; pero forma parte de la significación. Diremos también que está implícita y no explícita. Toda frase, en diversos grados, comporta una significación implícita, sugerida, secundaria.

Traslademos esta distinción de la frase a la palabra; la palabra tiene una significación en sí misma, como unidad aislada, pero sigue siendo una parte de la frase, y sólo se puede definir y comprender en relación con la frase real o posible (115). La significación explícita de una palabra es su designación; su significación implícita, su connotación. En el lenguaje ordinario, la «gama completa de connotaciones» no se realiza nunca en un contexto particular; sólo se expresa una parte escogida de esta gama: es la «connotación contextual» de la palabra (125). En ciertos contextos, las otras palabras eliminan las connotaciones no deseables de una palabra dada; tal es el caso del lenguaje técnico y científico donde todo es explícito. «En otros contextos, las connotaciones son liberadas; esto ocurre principalmente en el lenguaje figurado, y más particularmente en el metafórico» (*ibid.*); se puede decir de un discurso de este tipo que comporta a la vez un nivel primario y otro secundario de significación, que tiene un sentido múltiple: juegos de palabras, sobreentendidos, metáforas, ironía, son casos particulares de esta polisemia; observamos que se debe decir «sentido múltiple» más bien que «ambigüedad», pues en realidad sólo hay ambigüedad cuando, de las dos significaciones posibles, sólo se necesita una, y el contexto no da pie para decidir entre ellas. Precisamente, la literatura nos presenta un discurso en el que hay un abanico de significaciones posibles, sin que el lector se vea obligado a elegir entre ellas. De este modo puede obtenerse una definición semántica de la literatura, es decir, una definición en términos de significación, partiendo de la proporción de significaciones secundarias implícitas o sugeridas que comporta un discurso; ya

sea ficción, ensayo o poema, «una obra literaria es un discurso que implica numerosas significaciones implícitas» (126).

Pero la obra literaria no es sólo una entidad lingüística homogénea con la frase y que sólo difiere de ella por su longitud; es un todo organizado a un nivel propio, de tal manera que se pueden distinguir las diversas clases de obras: poemas, ensayos, ficciones en prosa (se acepta aquí esta triple división en que se encuadran principalmente todas las obras literarias<sup>40</sup>). Por eso la obra plantea un problema específico de reconstrucción, que Beardsley llama «explicación»; pero antes de adentrarnos en la metodología de la explicación, podemos precisar un punto importante que afecta a la noción de significación: a ésta no se le puede aplicar la distinción precedente entre lo implícito y lo explícito; sólo es discernible en el plano de la obra tomada como un todo, aunque siga teniendo su fundamento en la semántica de la frase; es la obra en cuanto tal la que revela de golpe esta propiedad del discurso. La significación de una obra se puede entender en dos sentidos diferentes. En primer lugar, el «mundo de la obra»: ¿qué cuenta?, ¿qué personalidad refleja?, ¿qué sentimientos expresa?, ¿cuál es su finalidad? Estas son las preguntas que surgen espontáneamente en cualquier lector; afectan a lo que llamaré, en el *Estudio VII*, la *referencia*, en el sentido de dimensión ontológica de una obra; la significación, en este aspecto, es la proyección de un mundo posible habitable; esto es lo que Aristóteles tiene presente cuando relaciona el *mythos* con la *mimêsis* de las acciones humanas<sup>41</sup>. Pero el problema que se plantea la crítica literaria, cuando se pregunta qué es una obra, sólo concierne a la configuración verbal (*verbal design*) o al discurso, en cuanto cadena (*string*) inteligible de palabras (115). El hecho decisivo estriba en que este problema procede de la suspensión y del aplazamiento del anterior, del «mundo de la obra» (Beardsley trata de él en el libro V, 15 de su *Aesthetics*). Siguiendo con el lenguaje de Aristóteles, la crítica engendra esta segunda acepción de la significación disociando el *mythos* de la *mimêsis*, y reduciendo la *poiêsis* a la construcción del *mythos*. Este desdoblamiento de la noción de significación incumbe a la crítica literaria; sin embargo, su posibilidad descansa en una constitución del discurso que tiene su fundamento

<sup>40</sup> «Todas las obras literarias caen dentro de estas tres clases: poema, ensayo, ficción en prosa» (126).

<sup>41</sup> Cf. *Estudio I*, 5.

en la semántica de la frase expuesta al comienzo de este capítulo. Hemos admitido, con Benveniste, que la intención del discurso, a diferencia del significado en el plano semiótico, se relaciona con las cosas, con el mundo; pero hemos afirmado también, siguiendo a Frege, que en todo enunciado se puede distinguir su sentido puramente inmanente de su referencia, es decir, de su movimiento de trascendencia hacia un mundo extralingüístico. En el uso espontáneo del discurso, la comprensión no se detiene en el sentido, sino que lo rebasa y se proyecta hacia la referencia. Este es el argumento principal de Frege en su artículo «Sentido y denotación»: con la comprensión del sentido, nos orientamos hacia la referencia. La crítica literaria, en cambio, suspende este movimiento espontáneo, se para en el sentido y sólo reanuda el estudio de la referencia a la luz de la explicación del sentido: «Puesto que [el mundo de la obra] existe como intento o proyecto basado en las palabras, son éstas las que hay que considerar primero» (115). Esta declaración expresa con claridad la misión del crítico literario. Por tanto, una definición puramente semántica de la obra literaria proviene de la descomposición del sentido y de la referencia, y de la inversión de prioridad entre estos dos planos de significación. Ahora se trata de saber si esta descomposición y esta inversión no se hallan inscritas en la naturaleza de la obra en cuanto literaria, y si la crítica no obedece en este caso a una imposición de la literatura como tal. Volveremos sobre este punto en el *Estudio VII*. Pero, cualquiera que sea la respuesta a este problema, y por muy lejos que se pueda llegar en la negación de la referencia, no se deberá jamás perder de vista, al menos para ciertas formas de obra literaria, que el problema del sentido se deriva del de la referencia, y que la clase de inteligibilidad puramente verbal que se pueda otorgar a la metáfora en los límites de esta abstracción, procede de la supresión y, quizá, del olvido de otro problema, que no concierne a la estructura sino a la referencia: el poder de la metáfora de proyectar y de revelar un mundo.

Por su parte, Beardsley tiene bien en cuenta este punto: «Lo esencial del creador literario es la invención o descubrimiento de un objeto (sea un objeto material, una persona, un pensamiento, una situación, o un acontecimiento) en torno al cual agrupa una serie de relaciones perceptibles como conjunto, gracias a su intersección en ese objeto» (128). Así, el autor crea un discurso multívoco al proyectar sobre los objetos de referencia las características desplegadas por las significaciones secundarias de

su discurso. Mediante un segundo movimiento, la crítica pasa de estos objetos así enriquecidos al fenómeno puramente verbal de significación múltiple.

Esta es la ventaja de un enfoque a partir de la crítica literaria y no de la gramática lógica: al imponer el nivel y modo de consideración de la obra, la crítica literaria plantea un conflicto, no discernible a nivel de la simple frase, entre dos modos de comprensión: el primero (que se convierte en último) relacionado con el mundo de la obra; el segundo (que se convierte en primero) relacionado con la obra en cuanto discurso, es decir, configuración de palabras. Podríamos decir que esta metodología coincide prácticamente en la retórica de I. A. Richards; quizá la diferencia sea meramente formal: la retórica se define con relación a los procedimientos del discurso (por lo tanto, con relación a las transposiciones de sentido, y entre éstas, los tropos de la antigua retórica); la crítica literaria se define con relación a las obras (poemas, ensayos, ficciones en prosa).

El problema de una definición puramente semántica de la literatura y, con ella, de la metáfora, se plantea dentro de un campo así delimitado.

Pero ¿por qué plantearnos el problema de la metáfora si el tema no es la retórica? ¿A qué viene el problema de la metáfora, si el nivel de investigación de la crítica literaria es la obra tomada como un todo: poema, ensayo, ficción en prosa? El modo un tanto indirecto con que Beardsley introduce el problema es muy interesante. La explicación de la metáfora está destinada a servir de banco de pruebas (*test case*) (134) para un problema más amplio, el de la explicación de la obra tomada como un todo. Dicho de otro modo, la metáfora se toma como un *poema en miniatura*, y se plantea la siguiente hipótesis de trabajo: si se puede dar razón satisfactoria de lo que está implicado en estos núcleos de significación poética, también debe ser posible extender la misma explicación a entidades más vastas, como el poema entero. Pero, ante todo, habrá que delimitar el campo de operaciones. La misma elección de la palabra *explicación* nos señala el firme propósito de evitar cualquier relativismo en crítica literaria. Este encuentra, en efecto, sólido apoyo en la teoría de la significación. Si es verdad que «encontrar una significación en un poema, es explicarlo» (129), y que la significación del mismo presenta una densidad, una reserva inagotable, parece condenado de antemano el propio intento de explicar la significación de un poema. ¿Cómo hablar realmente de la explicación si todas las

explicaciones son contextuales? ¿Y cómo puede haber un método para identificar una significación que sólo tiene un instante de existencia, una significación que muy bien podríamos llamar «emergente?» (131). Supongamos incluso posible que el «abanico potencial de las connotaciones» constituya una parte objetiva de las significaciones verbales, por hallarse enraizadas en la manera de manifestarse las cosas en la experiencia humana; aun en ese caso existiría la dificultad de determinar cuál de esas connotaciones se realiza en tal poema dado. Al no poder recurrir a la intención del escritor, ¿no es en definitiva la preferencia del lector la que decide?

Beardsley recurre a la metáfora, como a un modelo reducido de la gran dificultad creada por la crítica relativista, para resolver un problema semejante al que E. D. Hirsch presenta en su obra *Validity in Interpretation*<sup>42</sup>. ¿Cómo «elaborar una lógica no relativista de la explicación?» (134). Con otras palabras más precisas: ¿cómo sabemos las significaciones potenciales que deben atribuirse a un poema y las que deben excluirse?

No nos detendremos en los aspectos polémicos de su teoría de la metáfora: los adversarios de Beardsley son más o menos los mismos que los de Max Black. La reducción de la metáfora a la comparación se combate con la misma fuerza y se considera como una teoría «literalista»; en efecto, conocida la razón de la comparación, se desvanace el enigma de la metáfora y cualquier problema de explicación<sup>43</sup>.

<sup>42</sup> E. D. Hirsch, *Validity in Interpretation* (New Haven-Londres 1967, 1969). Cf., sobre todo, caps. IV y V.

<sup>43</sup> En *The Metaphorical Twist*, publicado en marzo de 1962 en «Philosophy and Phenomenological Research», Beardsley añade a su crítica anterior de la teoría comparatista de la metáfora un argumento importante. La comparación —dice— se realiza entre los objetos, mientras que la oposición se da entre las palabras. La torsión, el giro, son impuestos por tensiones internas del propio discurso. Por tanto, una teoría de la oposición verbal se distingue de una teoría de la comparación objetiva como el orden de las palabras del orden de las cosas. Las connotaciones a las que recurre una teoría puramente semántica dependen no tanto de los objetos como de las creencias comunes respecto a estos objetos. Otro argumento: la búsqueda de un motivo de comparación lleva casi inevitablemente al campo de la psicología de la imaginación; en efecto, es necesario interpolar no sólo el término de comparación, sino también la significación que ella implica. La explicación, al inventar un término ausente, se entrega a la creación imaginativa idiosincrásica tanto del lector como del poeta. Un último argumento: invocar una comparación es también preguntarse si es apropiada o demasiado lejana. Como demuestra suficiente-

La contribución positiva de Beardsley (138-147) difiere sensiblemente de la de Max Black, por el papel decisivo que atribuye al «absurdo lógico», en el orden de la significación primaria, como medio para liberar la significación secundaria. La metáfora no es más que una de las tácticas provenientes de una estrategia general: sugerir algo distinto de lo que se afirma. Otra táctica es la ironía: se sugiere lo contrario de lo que se dice, retirando la afirmación en el momento mismo de hacerla. En todas las tácticas derivadas de esta estrategia, el ardid consiste en crear indicios que orienten hacia el segundo nivel de significación: «En poesía, la táctica principal para obtener este resultado es la del absurdo lógico» (138).

El punto de partida es, pues, idéntico en Richards, Max Black y Beardsley: la metáfora es un caso de «atribución»; precisa un «sujeto» y un «modificador»; vemos aquí una bina análoga a la de «dato-transmisión», o a la de «foco»-«marco». La novedad está en hacer hincapié en la noción de «atribución lógicamente vacía» y, entre todas las formas posibles de semejante atribución, en la incompatibilidad, es decir, en la atribución autocontradictoria, la que se destruye a sí misma. Entre las atribuciones lógicamente vacías, debemos colocar, además de las incompatibilidades citadas, las redundancias, es decir, las atribuciones autoimplicativas en expresiones más cortas que la frase (un bípedo de dos patas) y las tautologías, atribuciones autoimplicativas dentro de una frase (los bípedos son seres de dos patas). En el caso de la incompatibilidad, el «modificador» designa por sus significaciones primarias unas características incompatibles con las que son igualmente designadas por el «sujeto» en el orden de sus significaciones primarias. La incompatibilidad es, pues, un conflicto entre designaciones en el orden primario de la significación, que obliga al lector a extraer de todo el abanico de connotaciones las significaciones secundarias susceptibles de hacer de un enunciado que se destruye a sí mismo una «atribución autocontradictoria significativa». El oxímoro es el tipo más simple de autocontradicción significativa: vivir una muerte viva. En lo que llamamos ordinariamente metáfora, la contradicción es más indirecta: al llamar «metafísicas» a las calles, el poeta nos invita a sacar del atributo «metafísicas» algunas connotaciones aplicables, pese al carácter claramente físico de la calle. Diremos, pues, que «cuando

mente la teoría de la «contraversión», no existe prácticamente límite a la conveniencia de un atributo metafórico para un tema dado.

una atribución es indirectamente autocontradictoria y el modificador implica connotaciones susceptibles de ser atribuidas al sujeto, la atribución es metafórica, una metáfora» (141). El oxímoro no es más que un caso extremo de contradicción directa; la mayoría de las veces la contradicción recae sobre las presuposiciones solidarias de las designaciones usuales.

Nos interesa subrayar, para la discusión posterior, un punto importante que llamaré el trabajo del sentido: pues es el lector quien en realidad elabora (*work out*) las connotaciones del modificador susceptibles de crear sentido; a este respecto, un rasgo significativo del lenguaje vivo es poder trasladar ilimitadamente la frontera del no-sentido; posiblemente no existen palabras tan incompatibles que impidan a algún poeta tender un puente entre ellas; el poder de crear significaciones contextuales nuevas parece no tener límites; semejantes atribuciones aparentemente «insensatas» (*non-sensical*) pueden tener sentido en algún contexto inesperado; el hombre que habla no agota nunca el recurso connotativo de sus palabras<sup>44</sup>.

Se comprende ahora en qué sentido «la explicación de una metáfora presenta un modelo para toda explicación» (144). Toda una lógica de la explicación se pone en juego en la construcción del sentido. Dos principios regulan esta lógica, que se puede trasponer de la miniatura a la obra entera, de la metáfora al poema. El primero es un principio de conveniencia o de congruencia: se trata de «decidir qué connotación conviene (*can fit*) al sujeto, entre las connotaciones del modificador» (*ibid.*).

Este primer principio es más bien de *selección*; en la lectura de una frase política, vamos limitando progresivamente el abanico de las connotaciones hasta quedarnos únicamente con las de las significaciones secundarias susceptibles de sobrevivir en el contexto local. El segundo principio modifica el anterior; es un principio de *plenitud*: todas las connotaciones que pueden «ir

<sup>44</sup> En *The Metaphorical Twist*, dirigido tanto contra el psicologismo como contra el realismo, Beardsley subraya con fuerza que «la oposición que hace a una expresión metafórica opera en el interior de la estructura de significación» (299). La oposición lógica que obliga al lector a pasar de las significaciones nucleares a las marginales se puede definir independientemente de cualquier intención; la distinción de los dos niveles —primario y secundario— de significación, tanto como la oposición lógica en un mismo nivel —el de la atribución— son hechos semánticos y no psicológicos. El deslizamiento de la designación hacia la connotación se puede describir perfectamente mediante el análisis semántico de la frase y de la palabra.

con» el contexto deben atribuirse al poema: éste «significa todo lo que puede significar» (*ibid.*); este principio modifica al precedente en el sentido de que la lectura poética, a diferencia de la de un discurso técnico o científico, no aparece limitada por la elección entre dos significaciones igualmente admisibles en el contexto. Lo que sería ambigüedad en otro discurso, es aquí precisamente plenitud.

¿Son suficientes estos dos principios para conjurar el fantasma del relativismo? Si comparamos la lectura con la ejecución de una partitura musical, podemos decir que la lógica de la explicación enseña la ejecución *correcta* del poema, por más que toda ejecución sea *singular e individual*. Si no perdemos de vista que el principio de plenitud completa al de congruencia, y que la complejidad corrige la coherencia, deberemos admitir que el principio de economía que preside esta lógica no se limita a excluir imposibilidades; invita también a «maximalizar» el sentido, a sacar del poema la mayor significación posible; una cosa debe tener siempre presente esta lógica: la distinción entre sacar el sentido del poema y atribuírselo a la fuerza.

La teoría de Beardsley resuelve parcialmente algunas de las dificultades dejadas en suspenso por Max Black. Al dar al absurdo lógico un papel tan decisivo, acentúa el carácter de invención y de innovación del enunciado metafórico. La ventaja es doble: por una parte, la antigua oposición entre sentido figurado y sentido propio presenta un fundamento completamente nuevo. Podemos llamar sentido propio al de un enunciado que sólo recurre a las significaciones léxicas registradas de una palabra, las que constituyen su designación. El sentido figurado no es un sentido desviado de las palabras, sino el de un enunciado entero proveniente de la atribución al sujeto privilegiado de los valores connotativos del modificador. Por tanto, si se continúa hablando del sentido figurado de las palabras, sólo puede tratarse de significaciones enteramente contextuales, de una «significación emergente» que sólo existe aquí y ahora. Por otra parte, la colisión semántica que obliga a un desplazamiento de la designación a la connotación da a la atribución metafórica no sólo un carácter singular, sino también un carácter construido; no hay metáforas en el diccionario, sólo existen en el discurso; en este sentido, la atribución metafórica expresa, mejor que cualquier otro recurso del lenguaje, lo que es una palabra viva; constituye, por excelencia, una «instancia de discurso». De este modo,

la teoría de Beardsley se aplica directamente a la metáfora de invención.

La revisión de la teoría de la contraversión, propuesta en *The Metaphorical Twist*, intenta precisamente subrayar este carácter construido del sentido metafórico; la noción de «gama potencial de connotaciones» suscita las mismas reservas que la de «sistema asociado de lugares comunes» de Max Black. ¿No son más bien las metáforas de invención las que aumentan este tesoro de lugares comunes, esta gama de connotaciones? Por eso no es suficiente decir que, en un momento dado de la historia de una palabra, todavía no han sido aplicadas todas sus propiedades y que existen connotaciones no conocidas de las palabras; es necesario decir que tal vez existan «connotaciones que, des-puntando en la naturaleza de las cosas con vistas a su actualización, esperan ser captadas por la palabra... igual que algunas partes de su significación en algún contexto futuro» (300). En efecto, si queremos trazar una línea en el interior del dominio metafórico entre las metáforas usuales y las nuevas, es necesario decir que, la primera vez que se crea una metáfora, el modificador recibe una connotación que no tenía hasta entonces. De igual manera, Max Black se veía obligado a hablar de «sistemas construidos por las necesidades de la causa» y a admitir que, por la atribución metafórica, el sujeto subsidiario se modifica igual que el principal en su aplicación a éste. Para explicar esta repercusión del uso de la metáfora sobre el orden mismo de las connotaciones, Beardsley llega a decir que «la metáfora transforma una propiedad (real o atribuida) en un sentido» (302). En otros términos, la metáfora no se limitaría a actualizar una connotación potencial, sino que la «establecería como miembro de la gama de las connotaciones» (*ibid.*).

La corrección es importante: frente a la teoría de la comparación objetiva, se había jurado no acudir más que a recursos del lenguaje; y he aquí que se habla de «propiedades» que exigen una designación, de «propiedades» que reciben, por la misma atribución metafórica, un nuevo estatuto en cuanto momentos de la significación verbal. Cuando un poeta, por vez primera, escribe que «*virginity is a life of angels, the enamel of the soul*»<sup>45</sup>, algo sucede en el lenguaje. Entran en el lenguaje propiedades del esmalte como connotaciones de la palabra, hasta ahora no

<sup>45</sup> Jeremy Taylor, *Of Holy Living* (Londres 1847) (citado por M. Beardsley, *The Metaphorical Twist*, 302, nota 20).

plenamente reconocidas. «Así la metáfora no se limita a poner en el primer plano de la significación connotaciones latentes; pone en juego propiedades hasta entonces no significadas» (303). Por lo mismo, el autor reconoce que la teoría de la comparación objetiva tiene una función importante que realizar; establece «la elegibilidad de ciertas propiedades para convertirse en una parte de la intención (de la palabra): lo que hasta entonces no era más que una propiedad, se erige, al menos temporalmente, en *significación*» (*ibid.*).

La teoría de la metáfora de Beardsley supone, pues, un paso más en la investigación de la metáfora nueva; pero, a su vez, tropieza con el problema de conocer el origen de las significaciones segundas en la atribución metafórica. Quizá la misma pregunta —¿origen?— es viciosa; la gama potencial de connotaciones no dice más que el sistema de lugares comunes asociados; es verdad que ampliamos la noción de significación, al incluir las significaciones secundarias, como connotaciones, en el interior del perímetro de la significación entera, pero relacionamos continuamente el proceso creador de la metáfora con un aspecto no creador del lenguaje. ¿Basta con añadir a esta gama potencial de connotaciones, como hace Beardsley en la «teoría revisada de la contraversión», la gama de las propiedades que no pertenecen todavía a las connotaciones de nuestro lenguaje? A simple vista, esta adición mejora la teoría; pero hablar de propiedades de cosas o de objetos todavía no significados, es admitir que la significación nueva emergente no se saca de ninguna parte, al menos en el lenguaje (la propiedad es una implicación de cosas y no de palabras). Afirmar que una metáfora nueva no se saca de ninguna parte, es reconocerla como lo que es, una creación momentánea del lenguaje, una *innovación semántica* que no tiene estatuto en el lenguaje en cuanto ya establecido, ni a título de designación ni a título de connotación.

Estas palabras son difíciles de entender: se podría preguntar, en efecto, cómo se puede hablar de *innovación semántica*, o de *acontecimiento semántico*, como de una significación susceptible de ser identificada y reconocida. ¿No era éste precisamente el primer criterio del discurso, según el modelo expuesto al comienzo de este estudio? Sólo una respuesta es posible: es necesario tener en cuenta al oyente o al lector, y considerar la novedad de una significación emergente como la obra instantánea del lector. Si no tomamos este camino, no nos vemos libres realmente de la teoría de la sustitución; en lugar de sustituir la expresión

metafórica, como en la retórica clásica, por una significación literal, restituida por la paráfrasis, la sustituimos, como Black y Beardsley, por un sistema de connotaciones y de lugares comunes; prefiero decir que lo esencial de la atribución metafórica consiste en la construcción de la red de interacciones que hace de tal contexto un contexto actual y único. La metáfora es entonces un acontecimiento semántico que se produce en la intersección de varios campos semánticos. Esta construcción es el medio por el que todas las palabras tomadas en su conjunto reciben sentido. Entonces, y solamente entonces, la *torsión* metafórica es a la vez un acontecimiento y una significación, un acontecimiento significativo, una significación emergente creada por el lenguaje.

Sólo una teoría propiamente semántica que lleve hasta el fondo los análisis de Richards, Max Black y Beardsley cumple los requisitos principales del discurso considerados al principio de este estudio. Volvamos una vez más a la primera oposición binaria: el acontecimiento y el sentido. En el enunciado metafórico (ya no hablaremos más de metáfora como palabra sino como frase), la acción contextual crea una nueva significación que tiene el estatuto de acontecimiento puesto que existe sólo en ese contexto. Pero, al mismo tiempo, podemos identificarla sin dificultad, ya que su construcción puede repetirse; así, la innovación de una significación emergente puede ser tomada por una creación lingüística. Si una parte influyente de la comunidad lingüística la adopta, puede convertirse en una significación usual y pasa a formar parte de la polisemia de las entidades léxicas contribuyendo así a la historia del lenguaje como lengua, código o sistema. Pero en este último estadio, cuando la impresión de sentido que llamamos metáfora se une al cambio de sentido que aumenta la polisemia, la metáfora ya no es metáfora viva, sino muerta. Sólo las metáforas auténticas, las metáforas vivas, son al mismo tiempo acontecimiento y sentido.

La acción contextual requiere igualmente nuestra segunda polaridad: entre identificación singular y predicación general; una metáfora se dice de un sujeto principal; como modificador de un sujeto, opera como una especie de atribución. Todas las teorías a las que me he referido antes se basan en esta estructura predicativa, ya opongán la «transmisión» al «dato», el «marco» al «foco» o el «modificador» al «sujeto principal».

Al presentar la teoría de Monroe Beardsley, hemos comenzado diciendo que la metáfora exige la polaridad entre sentido y referencia; deliberadamente, nos hemos limitado a una teoría del

sentido en que apenas se toca el problema de la referencia. Pero esta abstracción es sólo provisional, momentánea. ¿Qué necesidad tendríamos de un lenguaje que satisficiera los dos principios de la congruencia y la plenitud, si la metáfora no nos permitiera describir, fijar y preservar las sutilezas de la experiencia y del cambio, mientras que las palabras, en su designación lexical corriente, no llegan a decir más que

*The weight of primary noon  
The A.B.C. of being  
The ruddy temper, the hammer  
Of red and blue...*

según la magnífica expresión de Wallace Stevens en su poema *The Motive for Metaphor?*<sup>46</sup>.

Pero el problema de la referencia del discurso poético nos llevaría de la semántica a la hermenéutica, que será el tema del séptimo estudio. No hemos terminado aún con el duelo entre la retórica y la semántica.

<sup>46</sup> Wallace Stevens, *Collected Poems* (Nueva York 1955) 286.